

EL PAPEL DE LA , AUTOGESTIÓN

Vida y lucha de la Cooperativa Unión Papelera Platense

Trabajo Integrador Final de Producción

EL PAPEL DE LA , AUTOGESTIÓN

Vida y lucha de la Cooperativa Unión Papelera Platense

Rodolfo Daniel Rossi

19106/9

Victoria Aued

20911/8

- JULIO 2018 -

Director: Marcelo Torrano

Licenciatura en Comunicación Social

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

A mis hijos Pablo, Mariano y Florencia por el apoyo constante.

A Silvia, mi compañera de la vida.

Daniel

A mis viejos, porque sin ellos esto no hubiese sido posible.

Victoria

Agradecimientos

A los trabajadores de la Cooperativa Unión Papelera Platense por las horas que nos dedicaron y los mates compartidos. Pero sobre todo por ser ejemplo de vida y de lucha colectiva.

A Marcelo Torrano por orientarnos y dirigirnos en la escritura de este libro.

A Florencia Rossi y Manuel Salvarredi Ruiz por las fotos.

A Mailén Álvarez por el diseño de este libro.

A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata por el proceso de formación.

A nuestras familias, amigos y compañeros que nos bancaron las broncas, las angustias y compartieron las alegrías durante este largo proceso de finalización de la carrera.

ÍNDICE

PALABRAS PREVIAS	15
INTRODUCCIÓN	17
LA TOMA	
<i>Un salto al vacío</i>	21
LA BATALLA JUDICIAL	
<i>Desafiar la propiedad privada</i>	39
LA COMPRA	
<i>Las máquinas siguen funcionando</i>	51
LA ORGANIZACIÓN	
<i>Autogestión obrera</i>	67
EL PRESENTE	
<i>Reinventarse, resistir</i>	91
MARIO	
<i>El corazón de las máquinas</i>	103
BIBLIOGRAFÍA	121

*"Nuestras clases dominantes han procurado siempre
que los trabajadores no tengan historia, no tengan
doctrina, no tengan héroes ni mártires.
Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las
luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde,
las lecciones se olvidan.
La historia aparece así como propiedad privada cuyos
dueños son los dueños de todas las otras cosas"*
Rodolfo Walsh

PALABRAS PREVIAS

Las historias se pueden contar de las más variadas formas y desde los lugares más disímiles. Tomar la palabra de los trabajadores y llevarla a un libro, por parte de estudiantes de comunicación, es hacerlo desde el compromiso con su tiempo.

Cuentan historias de trabajadores. Cuentan y muestran gestas del mundo del trabajo que, si no fuera por estas posibilidades, pasarían prontamente al olvido o quedarían en la memoria colectiva de un reducido grupo al que le tocó vivirla. Tomar la palabra de los trabajadores de la Cooperativa de Trabajo Unión Papelera Platense Ltda. y contar su historia desde un lugar de honestidad intelectual y con el desafío de aportar su palabra al campo de disputa que es la historia y, sobre todo, cuando se trata de hechos recientes.

El Estado neoliberal deja sus marcas profundas con grandes ganadores y muchísimos perdedores. Esta es una historia de las tantas, de quienes perdieron pero que por su conciencia de clase y/o la necesidad extrema de sostener la fuente de trabajo, decidieron cooperativizarse y hacer sus procesos económicos de una manera más justa apostando a que otra economía es posible y necesaria, más allá del punto de partida. Como trabajadores autogestionados han ganado mucho.

Detrás de cada proceso de recuperación de empresas hay sufrimiento, valor, heroísmo, compañerismo, miserias, esperanzas, desazones, amor, vida y muerte, entre otras muchas cosas que

pasan en la vida misma. Nació una cooperativa allá por el 2001 y contar su historia a través de crónicas fue el desafío de Victoria Aued y Daniel Rossi. Contaron la historia de esta papelera de las afueras de La Plata, pero quien tenga entre sus manos este libro podrá también exponer lo que pasó en las últimas dos décadas con ciento de empresas y miles de trabajadores y sus familias, que fueron víctimas de un sistema perverso al que no le importa la vida, sino reproducir el capital.

No es casual que sea la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP donde se realiza este trabajo integrador final, porque en ella caben y son objeto de estudio, análisis y visualización todas las luchas populares y especialmente las de los trabajadores.

Marcelo Torrano

INTRODUCCIÓN

Este libro, producto de nuestro Trabajo Integrador Final de la carrera de Comunicación Social, intenta reconstruir la historia de la Cooperativa Unión Papelera Platense, una empresa recuperada por sus trabajadores tras la quiebra de la Papelera San Jorge en plena crisis del 2001 y con 17 años de autogestión. Más allá de la experiencia concreta, en estas páginas buscamos demostrar que a pesar de que nos rige un modelo de relaciones capitalistas y de concentración de la riqueza, es posible construir un nuevo paradigma de gestión de los trabajadores que es exitoso, solidario y económicamente sustentable.

¿Cómo un trabajador decide hacerse cargo de su futuro cuando una crisis estructural lo deja sin trabajo? ¿Cómo opera la solidaridad de clase en ese momento? ¿De qué manera se va gestando la organización obrera para poner a funcionar una empresa que fue desmantelada, ejerciendo la dirección de la misma? ¿Cómo se sostiene el trabajo autogestivo y el cooperativismo? Algunas de estas preguntas disparadoras de la investigación fueron abriendo camino para conocer no sólo la historia de la cooperativa sino también la de decenas de trabajadores y sus familias que, gracias a la recuperación de la empresa, pudieron superar la crisis y construir un futuro para sus hijos, teniendo como bandera el trabajo digno y la autogestión.

En un momento histórico de retroceso del Estado y vuelta al mercado, es imperioso volver a reivindicar "las viejas banderas

de lucha”, como rezaba el manifiesto de la CGT de los Argentinos del 1º de mayo de 1968. Por eso los hechos contados en este libro no solo son parte de la historia reciente, sino una persistencia de lucha por la dignidad y el trabajo.

LA TOMA

Un salto al vacío



“Los trabajadores no tienen nada que perder, salvo sus cadenas”
Karl Marx

“La única división que nosotros hacemos es entre los que luchan y los que se entregan”
Agustín Tosco

El día del Trabajador Papelero es el 3 de abril y para festejarlo, como regalo propio, los 27 decidieron llevar adelante la toma. La fecha que celebra la unidad de los sindicatos de Argentina y el reconocimiento como gremio tendrá otra epopeya en las afueras de La Plata.

Una toma es muy épica, fruto del coraje, esfuerzo y heroísmo de los trabajadores, si todo sale bien. Pero las mayores probabilidades son que el status quo, el capital y toda su fuerza sigan el camino establecido y los golpes no sean solo al bolsillo. Este incipiente movimiento social de “trabajadores sin patrón” sale a escena desafiando las normas preestablecidas. Rompe la relación de patrón-obrero y comienza a construir su propio destino, edificado en cimientos de lucha y aprendizaje.

Un sudor frío les recorre la espalda, el temblor de las manos llenas de callos, el dolor de estómago por los nervios y lo poco alimentados que estaban es lo que domina la escena. La convicción es el motor y lo que los sostiene. Nace de lo más profundo, de la necesidad de no perder el trabajo y, con esto, el sustento diario para sus hijos y su familia. La Sindicatura, de-

signada por la jueza María Elsa Uzal, había decretado la quiebra. El interlocutor en la negociación es el oficial de justicia. Varios medios de comunicación locales, como el Diario El Día, Diario Hoy, FM Red 92, Futura Fm 90.5, reflejaban la situación. Pero lo más importante sucedió cuando se hizo presente el móvil de Telefé Noticias a cargo del periodista Rodolfo Barili, lo que daba la pauta de que el conflicto había trascendido a nivel nacional. Más allá de evidenciar lo que estaba pasando se les dio oportunidad a los obreros de salir al aire en directo y que expresaran el angustioso momento que vivían. Sus rostros cansados mostraban la tensión pero sus voces sonaban firmes, acompañadas por los gritos de los familiares, que estaban dentro de la fábrica, y los vecinos que se encontraban afuera, aferrando sus manos al alambrado, que está al costado del portón de entrada y que rodea el predio, apoyando la medida. Los 27 pertenecían al sector de producción y mantenimiento. En la Papelera San Jorge eran 60 trabajadores, de los cuales 33 que pertenecían al sector gerencial y administrativos se retiraron aceptando las condiciones impuestas por la patronal. Los que eligieron resistir eran, en su gran mayoría, personas de 45 a 50 años de edad, viejos para el mercado laboral. Tenían claro que era inaccesible a sus aspiraciones tener otra oportunidad.

Desde hacía unos meses, Antonio, Pedro y Leonardo percibían que la empresa estaba con serios problemas financieros y económicos. La primera luz de alarma se había encendido cuando comenzaron a cobrar los salarios con un atraso importante e incompletos. Al pedir explicaciones a los jefes inmediatos, bajaba un mensaje confuso, lleno de excusas: que los compradores no hacían los pagos en término, que les rebotaban los

cheques o que no eran acreditados en tiempo y forma por los bancos. Hasta que comenzaron los cortes de gas, luz y agua por falta de pago. Se paraba la producción y, por consiguiente, no había posibilidad de cumplir con los compromisos contraídos. Ese fue el momento de luz roja y cuando los trabajadores comenzaron a transformar sus lógicos miedos en acción. Los más "viejos" fueron los que llevaron adelante la idea de realizar una asamblea, donde trazaron un cuadro de situación e hicieron un diagnóstico de la problemática y las posibles acciones futuras en defensa de su fuente laboral. Ninguno tenía experiencia gremial, salvo Antonio Palatinus, extrabajador del Frigorífico Swift de Berisso y luego Delegado Gremial de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE) durante su paso por el Ministerio de Asuntos Agrarios, representación que tuvo su costo: luego del golpe militar del 76, fue detenido y encarcelado por dos meses en Magdalena.

Antonio es un hombre corpulento, de ojos celestes, sonrisa franca, hablar sereno y convicciones firmes. Al recordar ciertas cuestiones, se mueve inquieto en la silla y juguetea con una birrome y el capuchón. "Yo empecé a militar en la JP por mi vieja. Ella era lituana, Rosalía Lauruska se llamaba, cómo hizo para relacionarse no sé, porque hablaba poco el castellano, pero siempre andaba con los estudiantes de las Facultades de La Plata haciendo 'quilombo' por todos lados, una luchadora incansable y muy amante de Evita. Me acuerdo de una marcha de antorchas que se realizó en La Plata, por el 62 creo, después del golpe a Frondizi y antes del gobierno de Illia. Los milicos iban siguiendo a la multitud y provocando para que tiremos las antorchas, uno de ellos me agarró y me quiso detener, mi vieja se

le fue encima y le dió unos cuantos antorchazos hasta que me soltó y salí corriendo. Era un personaje muy adorable mi vieja, una leona con su cachorro". Antonio se emociona, carraspea para disimular el enronquecimiento de la voz, se saca la gorra, pasa su mano por la cabeza y continúa: "Cuando estuve preso lo conocí a Raimundo Ongaro, secretario general del gremio de los gráficos, que pertenecía a la CGT de los Argentinos". Ongaro, junto al "gringo" Agustín Tosco, fueron dos de los pilares de una de las gestas memorables llevadas adelante por el pueblo argentino: "El Cordobazo". Miles de obreros y estudiantes coparon las calles con palos, piedras y barricadas, hartos de la crisis política y económica, enfrentando los gases lacrimógenos y las balas de las fuerzas de seguridad y marcando el principio del fin de la feroz dictadura del general Juan Carlos Onganía. Antonio se refriega las manos, las junta, se las lleva a la boca y exhala para entibiarlas, hace mucho frío y el diluvio no cesa. "Cuando estaba detenido también conocí a Héctor 'El Gallego' Garay, ex-trabajador y sindicalista ferroviario, quien fuera miembro fundador de FECOOTRA". "Al igual que Ongaro, el Gallego fue una figura muy reconocida por los trabajadores. Ambos verdaderos sindicalistas que se ponían al hombro las necesidades obreras y daban pelea para beneficio de todos y no del propio", recuerda Antonio.

"¿Para qué queríamos la Federación?, justamente porque teníamos que ser los herederos de la lucha inconclusa del Cordobazo, esa era la lucha que teníamos que llevar adelante"¹, afirma-

¹ Cita extraída de: http://www.fecootra.org.ar/articulo/0000463/fecootra_25_anos_de_trabajo_esfuerzo_y_militancia.php

ba el Gallego Garay. Antonio mueve la cabeza a ambos lados y agrega: "Las vueltas de la vida. No lo había vuelto a ver hasta el día que se presentó en la fábrica, el día de la toma, para ayudarnos. Fue una alegría enorme, nos abrazamos un rato largo y se nos escaparon algunas lágrimas al recordar nuestro pasado de presos políticos. La verdad que la intervención de FECOOTRA fue extraordinaria para nosotros, que no teníamos ni idea de cómo era formar una cooperativa, encima teníamos una desilusión muy grande con el representante gremial de los papeleros. Cuando lo consultamos, el caradura nos dijo que abandonemos la actitud de quedarnos en la fábrica, porque era ilegal y la policía nos iba a sacar a los palazos". Antonio respira hondo, se toma unos segundos para seguir hablando: "Tipos como éste formaron parte de los sindicalistas cómplices de las políticas neoliberales de los 90. En definitiva, fueron traidores de clase".

Durante los años 90, la realidad del sindicalismo varió considerablemente. El giro neoliberal de Carlos Menem y el colapso del modelo nacional-desarrollista produjeron importantes cambios en el sindicalismo tradicionalmente peronista. Se fueron expandiendo nuevas formas de contratación precarias e inestables, comenzaron a tercerizarse los servicios, se cuestionaron las formas de negociación colectiva, reemplazándolas por acuerdos individuales y por empresa, y a realizarse aumentos por productividad. Los cambios producidos a raíz de la imposición

de nuevas formas de gestión y organización laboral influyeron intensamente en las formas de representación gremial. El sector de los trabajadores industriales fue el más afectado por la flexibilización y, a partir de 1994, la amenaza disciplinadora del desempleo². Los realineamientos sindicales producidos en los 90 se pueden leer a través de tres figuras fundamentales: la lealtad, la voz y la salida. En primer lugar se fue erigiendo un poderoso bloque representado por las voces de la lealtad, encarnado en la CGT, adaptándose pragmáticamente a los nuevos tiempos. En segundo lugar, emergió el MTA (Movimiento de Trabajadores Argentinos), ala disidente de la CGT oficial, liderado por el sindicato de los Camioneros y la Unión Tranviarios Automotor (UTA). Allí se enrolaron los que, cada tanto, hacían escuchar su voz y batallaban por resurgir el modelo sindical asociado a una política sustitutiva de importaciones y un Estado proteccionista. Y, por último, los que eligieron la salida y concertaron la construcción de una central alternativa, la CTA (Central de los Trabajadores Argentinos), que conformaron básicamente los sectores estatales, sobre todo los docentes (CTERA) y la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE).

Los dirigentes de los sindicatos de la CGT, llamados "los gordos", a cambio del apoyo al gobierno y sus políticas neoliberales obtuvieron la confirmación de una buena parte de sus privilegios corporativos: la afirmación del monopolio de la representación sindical, basada en la personería gremial, el control de los fondos de las obras sociales y la participación en las listas par-

² Svampa, Maristella. "Profunda ruptura de las lealtades". Publicado en *Le Monde Diplomatique*, año VII, N° 91, enero de 2007.

tidarias del PJ. Por otro lado, varios sindicatos de la CGT intervinieron en el campo empresarial, a través de las privatizaciones de las empresas públicas, la reforma previsional y las reformas de seguro de los accidentes de trabajo. Entre los beneficiados por estas reformas estuvieron el Sindicato Unido de Petroleros del Estado (SUPE), la Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza (FATLyF) y la Federación Argentina de Empleados de Comercio y Servicios (FAECyS)³

Otras experiencias similares en varias zonas del Gran Buenos Aires y la Capital Federal, ya en el 2001-2002, demostraron que una nueva forma de resistencia contra los despidos masivos, la precarización laboral y el cierre de empresas y fábricas se estaba gestando en las bases obreras. Las asambleas populares que se registraban en todo el país dieron fortaleza a las luchas de trabajadores, dado el alto grado de participación y empatía con un otro colectivo. Ya no era sólo un grupo social el que sufría la crisis ("piquete y cacerola, la lucha es una sola") sino el conjunto de la sociedad. Como valor esencial se destacaba el permanente apoyo a todas las manifestaciones sociales que estaban en marcha. No se escuchaban voces críticas a los piquetes o a los los cortes de calles o rutas, al contrario, se

³ Svampa, Maristella. "Profunda ruptura de las lealtades". Publicado en *Le Monde Diplomatique*, año VII, N° 91, enero de 2007.

alentaba a hacerlo en forma permanente: desde un medio de transporte público, camión o automóvil, las bocinas musicalizaban el descontento. Desde los balcones de los edificios de departamentos u oficinas, el tronar de las cacerolas marcaba la masividad de la bronca social contra la clase política en general. “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo” era el canto de hartazgo de todo el pueblo argentino. Las plazas, las avenidas importantes o los colegios eran el punto de encuentro para expresar el enojo. Una cacerola empezaba el concierto y una cubierta prendida fuego era la señal para que, en pocos minutos, una multitud hermanada en penurias se hiciera presente. Cuando algún móvil policial se acercaba para poner “orden”, era fuertemente repudiado con buen repertorio de insultos, brazos que se alzaban amenazantes con sus puños cerrados y cantando, a viva voz, el himno inmortal de las multitudes sometidas: “El pueblo, unido, jamás será vencido”.

El exdueño de la San Jorge había empezado a sacar de la fábrica todo tipo de herramientas y comenzaba a desarmar una de las máquinas principales de la producción. Cuando los trabajadores se dieron cuenta de la maniobra de vaciamiento, se pusieron firmes y no permitieron que toquen más nada. Todos estaban de acuerdo, de la fábrica no salía un tornillo más. Pedro y Antonio tomaron la posta de sus compañeros y enfrentaron a Jordán con mucha decisión:

—Tomatelas de acá y no rompas más las bolas. Con toda la guita que nos debés te querés llevar la máquina y dejarnos en pelotas. Rajá porque te sacamos como rata por tirante. Fuera, fuera, ahora mandamos los trabajadores, cagador. Hace meses que nos venís bicicleteando, de nosotros no te importa un carajo. Igual hacés con la fábrica. Te encerrás en tu oficina a jugar con la computadora y te olvidas del mundo, sos un fantasma.

El resto de los trabajadores alentaba a sus dos compañeros con gritos y aplausos, volviéndose hostiles contra la figura del dueño. Éste apuró el paso, cruzó el puente que dividía las oficinas de los galpones, se dirigió hasta la entrada principal donde había dejado estacionado un auto e intentó abordarlo.

—Ni se te ocurra - fue la advertencia - el auto es de la fábrica, así que lo dejás acá.

Temblaba el hombre, su patronazgo estaba llegando a su fin e hizo el último intento de llevarse algo.

—El auto es mio, no me voy a ir sin nada y a pie, me están robando.

La respuesta no tardó en llegar. El fastidio de los trabajadores era muy grande, debían contenerse para no llegar a la agresión física.

—Nadie te está robando nada, nos debes un montón de guita y encima te hacés la víctima, no tenés vergüenza. Tomatelas de acá, ahí enfrente tenés el 273 que te lleva a La Plata, subite y desaparecé.

“Con el auto hicimos una de piratas. Estaba a nombre de la fábrica, por eso no se lo dejamos llevar. Pero cuando vinieron a hacer el inventario, nosotros lo habíamos desarmado. Quedó como inservible. Luego lo armamos y nos sirvió mucho. Íbamos y veníamos con ese a todos lados”, comenta Pedro riéndose. “Todavía anda. Es ese Polo azul”, dice, señalando al viejo auto estacionado frente a la administración.

La suerte de Jordán estaba echada, meneó la cabeza y sin mediar palabras se dirigió a la salida. Uno de los obreros fue el encargado de acompañarlo en el corto trayecto hasta el portón, los otros 26 estallaron en vítores y aplausos: habían ganado una significativa batalla. La dignidad y la utopía se fundieron en un abrazo.

La vuelta al galpón de máquinas estuvo llena de entusiasmo. Juntitos los 27 se iban intercambiando risas y palabras de aliento para superar el miedo, la incertidumbre y fortalecer la unidad en la lucha. No tardó en llegar el cántico que, por ese entonces, acompañaba a todas las manifestaciones que se daban al interior de las fábricas en conflicto: "La fábrica es de los trabajadores y al que no le gusta, se jode, se jode". Las mujeres y familiares que estaban haciendo "el aguante" tomaron palos del suelo y los hicieron golpear contra las chapas del galpón, dándole un marco de batucada al momento. Después de algunos días bajo el fuego y el humo de la leña, las ollas ennegrecidas de hollín despedían olor a guiso. Era el momento de hacer un alto y recomponer energías con un plato de comida caliente. Muchas veces era lo único que ingerían y lo complementaban con mate cocido, algún pan o facturas del día anterior que recibían de donaciones que hacían las panaderías cercanas al predio. El almuerzo fue casi una fiesta y no era para menos, había mucho por festejar: por un momento hablaban todos a la vez, a los gri-

tos, cada uno tenía anécdotas para contar, era un momento de distensión. Hasta que Jovito Villalba, uno de los más antiguos, gritó: "Bueno basta, se terminó la joda, hay que ponerse a pensar cómo seguimos". La realidad los volvía a poner en tensión. La asamblea se realizó en el galpón principal de la fábrica. Asamblea, palabra desconocida en su quehacer diario. Cada uno fue aportando ideas. Las máquinas estaban paradas, pero empezó a funcionar el motor de la lucha organizada de los laborantes. Los rostros tensos y el nerviosismo de los primeros momentos fueron transformándose en gritos de aliento entre ellos para darse fuerzas. Las cartas estaban jugadas y no había lugar a otra estrategia que no fuera la de quedarse adentro y resistir. No existía en estos trabajadores una cuestión ideológica que los motivara en su lucha, más bien fue una cuestión pragmática de planteamientos básicos como "me quedo sin trabajo" o "cómo mantengo a mi familia". También es cierto que lo realizado por estos trabajadores, aunque no lo buscaran, era una fuerte respuesta ideológica-política: estaban yendo al hueso del sistema, planteando una alternativa no capitalista a un problema generado por el mismo capitalismo.

Un factor muy importante fue el rol que desempeñaron las familias de los 27 obreros y su apoyo total hasta las últimas consecuencias. Las mujeres y sus hijos los acompañaron en todo momento, hacían changas, juntaban cada peso que entraba y lo racionalizaban para que rindiera lo máximo posible. Roberto, actual secretario de la cooperativa, lo tiene grabado a fuego: "La verdad no tengo palabras de agradecimiento para con mi mujer y las de los compañeros. Fueron unas tigresas, se bancaron un largo tiempo de miserias compartidas, nunca un reproche,

siempre aportando sacrificio y palabras de aliento para que podamos salir adelante. Yo era el más joven de todos, teníamos un hijo chico y ella estaba embarazada. Había que pelearla a brazo partido, el día a día era muy duro, la incertidumbre te comía la cabeza y ellas estoicamente al lado nuestro. Hoy tengo el orgullo de que mi señora haya terminando el secundario en un nocturno y yo con la ayuda de mis hijos cursando las últimas materias en el Plan Fines. Comparto mucho tiempo con ellos, les gusta ayudarme con el estudio y a mi me viene bárbaro, somos muy compañeros". Roberto habla con mucho orgullo y con la convicción de haber formado una gran familia y ser parte de un grupo de compañeros de trabajo que supieron abrirse camino en la adversidad más dura, esa que te marca de por vida y hace revalorizar el entorno. Es un tipo franco, simpático y abierto al diálogo. "Yo estuve tres años en la Sindicatura. Tenía la función de controlar la administración y producción, tratando que todos hagan bien su trabajo. Y casi seis en la calle: cobrando, vendiendo, conociendo a los clientes y a los proveedores. Los primeros años de la Cooperativa fueron bravos, había que pelearla muy fuerte para ganar confianza, ya que el anterior dueño había dejado el 'tendal', fueron muchos sinsabores. La necesidad de venta hacía que no chequeáramos a los compradores, nos pedaleaban de lo lindo y muchas veces terminábamos por no cobrar. Todo fue un gran aprendizaje de vida, de conocer a las personas y al mercado porque cambia un montón cuando estás del otro lado del mostrador. Luego volví a la máquina y hoy estoy nuevamente en la administración como secretario, feliz y contento, poniendo toda la experiencia en favor de la Cooperativa que es parte más que importante de mi vida y sin la presión

de un jefe, encargado o del mismo patrón. Nosotros somos los constructores de nuestro propio destino."

El 4 de abril de 2001, los vecinos del barrio observaban el intenso despliegue policial y se acercaron hasta los portones de entrada a la papelera para ver qué pasaba. No dudaron en expresarles su apoyo incondicional a los trabajadores en lucha: la jueza Dra. María Elsa Uzal, del Juzgado N° 26 de Concursos y Quiebras, había ordenado el desalojo de la fábrica después de que le cortaran los servicios de luz, agua y gas. Entre los vecinos y los trabajadores, a través de los años, se había entablado una relación que, a veces imperceptible a la mirada general, va dando forma a la construcción de relaciones sociales de proximidad en el devenir diario del encuentro. Cuando entraban y salían de la fábrica en distintos horarios o se encontraban en los comercios del barrio haciendo las compras habituales, se entremezclaban las charlas sobre fútbol, economía y política. Con el fútbol se entraba en un terreno de distensión, dado que la economía y la política, a contramano de los intereses comunes, los sumía en un estado de angustia ante el avance de una crisis que golpeaba muy fuerte a todos los sectores que tenían al salario como único ingreso familiar. Crisis del neoliberalismo que se profundiza en los períodos presidenciales de Menem y que estallaría en toda su dimensión a fines de 2001 con De la Rúa en el poder, donde se produjo la ruptura de todo el tejido social, poniendo a

toda la clase política y al Estado en total tensión con la sociedad en su conjunto. Que como única respuesta a la protesta generalizada, recibió una de las más crueles e injustificada represión, propia de una dictadura militar y no de un gobierno democrático. En ese marco, se vieron fortalecidos los vínculos afectivos, fueron cobrando fuerza las vivencias colectivas compartidas que eran una forma de atemperar el miedo a la desocupación, a un presente caótico o a la dificultad para proyectar un futuro. La solidaridad fue tan fuerte que muchos vecinos colaboraron con mercadería cuando los trabajadores organizaban las ollas populares dentro del predio. En ese complejo contexto histórico, nadie regalaba lo que le sobraba sino que se compartía lo muy poco que se tenía.

La incertidumbre le fue dando paso a la esperanza. La jueza, junto con su secretario, el síndico, el fiscal, el jefe del operativo policial y los trabajadores, terminaron el recorrido de las instalaciones de la fábrica. Todo transcurrió en un clima de diálogo constructivo entre las partes en conflicto. La Dra. Uzal recuerda ese momento con precisión: "Ellos habían tomado la planta. Nosotros, junto con la policía, recondujimos la toma en una tutela, teniendo en cuenta que los trabajadores sólo pretendían defender su fuente laboral. Llegamos a un muy buen acuerdo, sin ningún tipo de desmán o violencia. Por eso repito que fue un proceso muy exitoso. Los obreros aceptaron la autoridad del

juzgado, se allanaron a las reglas de la ley y se avinieron a una fórmula que para nosotros era aceptable: identificación, tutela y custodia de los bienes bajo nuestro control. Se pudo hacer de muy buena forma. La ley de quiebras le da al tribunal facultades suficientes para conducir y administrar los bienes de la quiebra, de manera que se respeten los intereses de los acreedores. El exdueño no intervino para nada en todo el proceso".

Los trabajadores y sus familias eran un racimo humano. Todos abrazados, compartían orgullosos el nuevo aire que se respiraba. Les quedaba un largo camino por recorrer, nada sencillo. Convencidos que era el único posible. Ya no habría vuelta atrás, ni lugar a titubeos, les sobraba coraje. Ellos eran los protagonistas de una lucha edificante por la dignidad y el trabajo. La primera gran batalla había concluido.

LA BATALLA JUDICIAL

Desafiar la propiedad privada



“Este modelo de Poder Judicial reconoce también entre sus orígenes la tutela de uno de los derechos –el fundamental– consagrados por la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. No es el primero sino el decimoséptimo, el que cierra la Declaración, referido al ‘sagrado’ derecho de propiedad privada. Y así lo ha sido a lo largo de toda su historia. Podían conculcarse los bienes jurídicamente tutelados de la vida, la libertad y la integridad física o psíquica de la persona humana: ello no ponía en riesgo el modelo capitalista y demo-liberal burgués. Ahora bien, bastaba que se cometiera así fuera un ‘rasguño’ a la propiedad privada para que los jueces, a coro, proclamaran que ‘la democracia se vuelve desmedrada y puramente nominal’”

Eduardo Barcesat

Los trabajadores se movían nerviosos dentro del predio. Era un momento de tensión. Vivían una situación a la que no estaban acostumbrados y nunca imaginaron. Si bien estaban en contacto con otros compañeros con la misma problemática, el sentirlo en carne propia los conmovía pero, a su vez, los fortalecía en la unidad del grupo.

La Policía Bonaerense tenía la orden judicial de desalojar el predio de la ex Papelera San Jorge que había sido ocupado por los trabajadores. Bajaron de varios camiones celulares y rodearon

las instalaciones. Era un gran despliegue de efectivos armados, más parecido a los preparativos para entrar en combate en una guerra que a tratar de disuadir a los obreros para que depongan la actitud de la toma. Todo un síntoma del 2001, donde el orden y la amenaza de represión eran vistos como la solución a los acuciantes problemas políticos, económicos y sociales que afectaban a millones de argentinos y en especial a la clase obrera. Los trabajadores no se amedrentaron y se contactaron con un fiscal, abriéndose una instancia de negociación con la policía que se encontraba dispuesta para el desalojo compulsivo. El fiscal y el jefe del operativo ingresaron al predio, con acuerdo de los trabajadores, y constataron que los obreros no pretendían realizar ningún tipo de acción violenta. Lo único que los movilizaba era defender su fuente de trabajo y estaban a disposición de las autoridades competentes para entablar un diálogo y hacerles llegar una propuesta, que se había decidido en asamblea interna. El fiscal realizó una llamada telefónica y a las dos horas se hizo presente la jueza actuante, Dra. María Elsa Uzal. Los trabajadores que habían experimentado todo el proceso del conflicto hablan muy bien la magistrada. Para ellos fue una figura muy importante, dada su predisposición a escuchar, comprender la situación por la que estaban pasando y buscar soluciones que tendían a favorecer la continuidad de la producción. La policía rodeó el automóvil que trasladó a la magistrada de CABA a La Plata y luego formaron un cordón con la intención de que nadie se acerque. Los movileros de los medios se movían de un lugar a otro, buscando algún resquicio para efectuar preguntas, pero no lo lograron. Los vecinos que estaban cercanos al portón de entrada seguían con ansiedad y asombro

lo que estaba pasando: era inusual ver en Ringuelet semejante despliegue. La jueza fue recibida por el fiscal y el jefe del operativo policial, se saludaron y comenzaron a dialogar mientras caminaban hacia la entrada de la fábrica. Instantáneamente se hizo un pesado silencio, sólo se escuchaba el ruido de los motores de los automóviles que circulaban por el Camino Centenario. Fue un momento en el que todos querían escuchar algo de lo que conversaban, la ansiedad calaba hondo y daba paso a la angustia pensando en el desenlace. La jueza llegó hasta el portón y les pidió a los trabajadores que le permitieran ingresar para hacer una recorrida por todo el predio y poder conversar con ellos, dejando en claro que no iba a quedar ningún tema sin tratar, sobre la base del respeto a la ley y el derecho inalienable de los obreros de mantener su fuente de trabajo. El viejo portón soltó un agudo chirrido al abrirse, como quejoso. Tal vez cobró vida por unos segundos, mimetizándose con la angustia que habitaba en los cuerpos de los obreros. Antonio y Pedro les dieron la bienvenida en nombre de todos, haciéndoles saber que no pretendían realizar ningún tipo de acción que pudiera incomodarlos y que las personas que estaban en la entrada del galpón de máquinas eran sus familias apoyando la lucha. Luego de hablar con los trabajadores, la jueza ordenó que los efectivos policiales abandonaran el lugar. Había llegado el momento de distenderse un poco. Cuando los policías comenzaron a subirse a los móviles para retirarse, la gente que estaba fuera del predio hizo escuchar su alegría. Estallaron los aplausos y gritos en homenaje a esos hombres que trataban de salir de una situación traumática y su devenir era la lucha por transformar la adversidad en posibilidad. Los laburantes lo sintieron intensamente, lo

necesitaban. Espontáneamente se dieron vuelta y alzaron los brazos agitando sus manos, emocionados. Fue como abrazarse con cada uno de ellos.

Los obreros acompañaron a la jueza por todas las instalaciones, mientras su secretario tomaba nota en un cuaderno: las antiguas oficinas, el depósito de bobinas, las piletas donde comienza el reciclado de cartón y papel, los pulpers donde se hace la pasta, la caldera y el galpón principal donde se encuentran las máquinas 1 y 2, que son las que terminan el proceso de fabricación y bobinado del papel madera e higiénico respectivamente. La recorrida fue muy enriquecedora, tanto para la magistrada como para los trabajadores. Se abrió un espacio de diálogo e intercambio de ideas, donde la centralidad era mantener viva la unidad productiva.

Leonardo acomoda una vieja silla al lado del reloj tarjetero de la portería, donde los obreros marcan la entrada y salida de sus turnos laborales. Ingresó al pequeño cuarto contiguo de paredes descascaradas. El silbido de la vieja pava de aluminio que posa en un anafe le da la señal de que el agua está lista para comenzar la infaltable mateada. Camina con mucha dificultad, sus piernas parecen doblarse por la robustez de su cuerpo, se ríe de su padecimiento y manifiesta: "Estoy viejo, los 74 años me están pasando factura. Estoy jodido de los meniscos y a esta altura ni pienso en operarme, no tiene sentido y además

tengo miedo de quedar peor. Acá estoy la mayor parte del tiempo sentado. Camino para abrir y cerrar el portón cuando entran y salen los camiones o los cartoneros. Yo estoy jubilado y cobrando la mínima. En la cooperativa hay un acuerdo de palabra que se respeta a rajatabla: bancar a los que quieren seguir, así que mientras el cuerpo aguante voy a estar un tiempo más. El drama va a ser en mi casa, no sé si mi señora va a soportarme todo el día". Leonardo suelta una sonora risotada, la sostiene unos segundos y continúa: "La jueza estaba al tanto de todo lo que veníamos soportando. Los atrasos de sueldos, aguinaldos, vacaciones. Le hicimos saber que la asamblea de trabajadores había decidido seguir con la toma hasta las últimas consecuencias, pero en forma totalmente pacífica. También le expresamos nuestra urgente necesidad de que la fábrica siga funcionando y ofertamos pagar un alquiler, hasta tanto se llegara a una solución definitiva".

Comenzaba un arduo camino de negociaciones en el que los trabajadores, a través de la intervención de FECOOTRA, fueron sumando experiencia para llevar adelante la autogestión obrera de la unidad productiva, desafiando al obstáculo de la legalidad, logrando la dignificación personal con la lucha colectiva y teniendo al trabajo como bandera.

Tres trabajadores le avisan que salen un momento a comprar algo para comer, Leonardo les contesta que pasen por la puer-tita del costado que está sin candado. "Acá nos manejamos así, estos tres compran para todos los que están trabajando en el turno de 6 a 14. A veces me prendo con ellos, pero la mayoría de los días como en casa, acá tiro con unos verdes y galletitas". El mate es el gran socializador en la fábrica, es el conector simbólico de las reuniones. Cuando alguien entra a las oficinas, lo

primero que dicen es: "¿Te tomás unos mates?". Y entre charlas de trabajo y anécdotas, todo sigue fluyendo.

Una alfombra morada cubre parte del piso de madera del despacho. En el centro, tres sillones de cuero negro. A la derecha, una gran biblioteca y a la izquierda dos amplios ventanales con cortinas blancas. Por último, un escritorio de madera, una lámpara de pie y cuatro sillas. La Dra. Uzal se mostró muy interesada en colaborar y comentó que su secretario privado, Dr. Fernando Pozo, le había hecho llegar el material de archivo de su intervención en la expapelera San Jorge. Sólo pidió que se le recordaran algunas cuestiones del caso, dado que habían transcurrido más de quince años del hecho. No hizo falta, su memoria fue admirable, hasta en los detalles mínimos.

"La papelera San Jorge fue un concurso preventivo en el que los empresarios, dueños de la misma, intentaron llegar a un acuerdo con sus acreedores. Esto fracasó, no se pudo llegar al acuerdo preventivo, era el año 1999, y en el 2001 se decreta la quiebra. Una de sus finalidades es liquidar los bienes en beneficio de los acreedores. En la fábrica permanecían 27 trabajadores que habían perdido su trabajo. Cuando nosotros decidimos la clausura, ellos decidieron la toma, queriendo defender sus puestos y resguardar los bienes de la quiebra. Entonces le dimos una especie de área para custodiarlos y ayudarlos a preservar los mismos hasta que se hizo el proceso de verificación de créditos

y se determinó cuánto era la masa pasiva y, a partir de ahí, entrar en la etapa de liquidación de la quiebra”.

El sol da de lleno en las viejas oficinas de la fábrica, Pedro respira profundo y recuerda uno de los momentos más duros por los que atravesaron, pero también, de mayor cohesión interna entre los operarios: “Había que juntar plata como sea para hacerle frente a los dramas personales y grupales. No nos podíamos dar el gusto de tomarnos un respiro. Si bien teníamos gente que nos apoyaba, nosotros debíamos agudizar la mente y poner lo máximo de cada uno en beneficio de la causa”. José entra a la oficina a buscar un talonario de vales y le dice: “Negro, dejá de hablar tanto al pedo y ponete a trabajar. El día que incorporemos un robot lo voy a pintar de amarillo, porque si lo pinto de negro como vos, no va a querer hacer nada”. Pedro se ríe y retruca: “Callate vago, si vos hubieras laburado la mitad de lo que trabajé yo, estarías más petiso”. Las bromas son una constante entre los compañeros y nadie se enoja, al contrario, siempre hay una respuesta en el mismo sentido. “De algo hay que reírse”, dice Pedro y reinicia el relato: “Lo primero que se nos ocurrió fue vender toda la chatarra que había en la fábrica, que era mucha. Después armamos equipos de trabajo y salíamos todos los días a recorrer los barrios de La Plata. Alquilamos un camioncito viejo a muy bajo precio. Al dueño le pagábamos a medida que íbamos vendiendo. De lo que quedaba, una parte se repartía entre los compañeros y la otra se guardaba. Siempre pensando que teníamos que volver a hacer funcionar las máquinas”.

Luego de una ronda de café, la jueza explicita: “Se hace un informe individual, se determina cuáles son los objetos, luego un informe general y se pasa a la etapa liquidatoria de la quiebra. En

ese momento los obreros estaban en una gestión de continuar con la explotación de la planta fabril, consiguieron una ley de expropiación de la Provincia de Buenos Aires, lo cual, de alguna manera, dificultaba el proceso de venta".

La Ley N° 12.712 que "declara de utilidad pública y sujeto a expropiación los inmuebles (...), las instalaciones y las máquinas existentes para ser donados en propiedad a la Cooperativa de Trabajo Unión Papelera Platense"⁴ se sanciona el 25 de junio de 2001 en la Legislatura Provincial. La doctora Uzal repasa una hoja que tiene en su manos y continúa: "Pasa un tiempo y se pierde el derecho de expropiación, pero ante nuevas gestiones legislativas, se consigue una prórroga. Hay otro período de tiempo en el que el Estado no paga y era necesario un proceso de liquidación. Los trabajadores piden, mientras se decide el proceso liquidatorio, la locación de la planta a un precio muy bajo. Yo no se los permití, porque tenía que pensar en el resto de los acreedores. Después de tres ofertas seguidas, dentro de un proceso de negociación y a través de un tasador, convenimos un alquiler, donde los trabajadores presentaron un proyecto de factibilidad. No queríamos que mediante la ley de expropiación se pudiera vender a terceros. Entonces se fijó la base, que siempre es por debajo del valor real y se llegó a un acuerdo".

Un camión con acoplado ingresa a la planta y estaciona en la balanza. "Corré el acoplado para atrás y desenganchalo. Te los peso por separado porque vas a cargar higiénico y madera", le dice Pedro al camionero. Toma nota, confecciona un vale, lo firma y se lo entrega. Al volver, comenta: "Como verán hay que

⁴ Fragmento del texto de la Ley Provincial 12712.

hacer de todo. Este pedido es para una fraccionadora de San Justo, en La Matanza. Cuando vuelve el camión cargado, se hace el mismo procedimiento. Luego Rosa, Claudia o Fernando imprimen la factura, el remito y parte". Pedro tiene que ir al Banco Provincia a hacer unos trámites, entonces Roberto toma la posta. Carga el termo con agua, le cambia la yerba al mate y comienza una ronda más con el amigo de todos. De fondo se escucha la radio, que siempre está prendida en una FM local de música. Cada tanto el conductor pasa algunas propagandas y nombra los temas y sus intérpretes. Uno de ellos llamó la atención. La singular voz de Litto Nebbia decía: "si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia: la verdadera historia, quien quiera oír que oiga". "Qué temazo, por favor", exclama Roberto. Claro, a pesar de haber sido otro el contexto y el motivo por el que Litto Nebbia compuso ese tema, no deja de tener vigencia con la lucha que los obreros de la UPP llevaron adelante, al igual que otras experiencias similares. En este caso, la verdadera historia, es la historia de los trabajadores que la pelearon a brazo partido defendiendo su fuente laboral. Siendo intencionalmente silenciadas unas, reprimidas otras o criticadas con dureza.

LA COMPRA

Las máquinas siguen funcionando



*"A veces no hay próxima vez,
a veces no hay segundas oportunidades,
a veces es ahora o nunca"*
Bob Marley

*"Yo he preferido hablar de cosas imposibles
porque de lo posible se sabe demasiado"*
Silvio Rodriguez

El 28 de mayo de 2017 no es un día cualquiera para los obreros de la Cooperativa Unión Papelera Platense. Se cumplen 13 años de una de las decisiones más importante que tomaron: la compra de la fábrica.

A las seis de la mañana se cruzan los que entran a trabajar con los que salen del turno noche. Mientras se pasan las novedades de rigor, se inicia la infaltable ceremonia: la ronda de mate. La oficina es más sofisticada que la portería: el agua caliente proviene de un dispenser. "¡Muy feliz cumpleaños! ¡Qué pendejos que estamos, cumplimos trece años!", grita Pedro con su vozarrón. Roberto y Fernando festejan la ocurrencia. Mauricio, riéndose, dice: "Falta la torta con la velita". "Donde digas una palabra más sos hombre muerto", sentencia Pedro, entre las risas de todos.

"Estoy 'jugau' y sin fichas" es el dicho de un timbero de pueblo. A todo o nada sería la jugada de los 27 trabajadores que pudieron haber perdido algunas cosas materiales, pero no su dignidad y coraje para iniciar uno de los procesos que los marcó a fuego en sus pechos henchidos de orgullo: ser partícipes de

una heroica lucha sostenida desde la convicción colectiva. Las máquinas seguirán funcionando bajo gestión obrera.

En junio de 2003 venció la expropiación temporaria de dos años. Los trabajadores (esta vez respaldados por el Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas) iniciaron nuevamente gestiones en el parlamento bonaerense para obtener una prórroga. El 28 de agosto, la Legislatura Provincial aprueba la Ley N° 13094, por la cual se amplía a cinco años el plazo para la promoción del juicio de expropiación de la fábrica.

Había una necesidad urgente entre las empresas recuperadas por sus trabajadores (ERT) por agruparse. En primer lugar, los trabajadores habían quedado desprotegidos frente a la sumisión y el desconocimiento de los sindicatos (salvo probadas excepciones destacables como la Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes y, luego de un titubeante comienzo, la Federación Gráfica Bonaerense). También necesitaban sentirse representados frente a los poderes públicos, tratando de lograr lazos orgánicos de solidaridad entre ellos. Los agrupamientos de recuperadas irrumpieron como una necesidad de llenar un vacío, pero sin objetivos ciertos a mediano y largo plazo. Inicialmente, alrededor de veinte ERT se agruparon informalmente con dos de los mayores referentes que existían hacia mediados de 2001. La metalúrgica IMPA y el frigorífico Yaguané. El Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas comienza su organización convocando también a otros emprendimientos de la economía solidaria, adquiriendo rápidamente el carácter específico de una organización de ERT debido al crecimiento y singularidades del fenómeno. Según el antropólogo social Andrés Ruggeri, en los primeros momentos tienen un rol político fundamental en la

articulación algunos cuadros políticos con vinculaciones en la UOM Quilmes y la oposición a la burocracia sindical en la UOM Capital, como Eduardo Murúa que, por su participación en IMPA, se convirtió en uno de los referentes del sector.

“Otros dirigentes comenzaron a tener protagonismo, como José Abelli, desde Santa Fe, y un (por entonces) estudiante de abogacía vinculado al PJ de Avellaneda y a la derecha católica, Luis Caro. La trayectoria de este último es interesante para entender algunos de los procesos que ocurren alrededor de las ERT, demostrando su estrecha relación con las tradiciones y trayectoria política, ideológica y organizativa de los distintos sectores de la clase trabajadora argentina. Lejos del anticapitalismo, las posiciones del ‘Doctor’ muestran una herencia clara de las más rancias expresiones de lo que fue la derecha sindical peronista en los años 70, así como otros dirigentes provienen de recorridos ideológicos opuestos”⁵, concluye Ruggeri.

“Se había decidido ofertar por la quiebra. Ya estaba todo en marcha, pero corríamos el riesgo de que aparezcan ‘Los caranchos de La Liga’”, recuerda Pedro. Se la llama Liga Compradora, Liga de Remates o simplemente La Liga y es un grupo que opera

⁵ RUGGERI, Andrés. ¿Qué son las empresas recuperadas?: autogestión de la clase trabajadora. 1º ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Continente, 2014, pag. 111

en casi todo el país: toman parte de las subastas recurriendo a amenazas y aprietes de toda índole, logran bajar la cantidad de ofertas por un inmueble para luego cerrar compras a muy bajo precio⁶. "Parece que fuera un cuento, hasta que los ves en acción", comenta Pedro. "Ahí fuimos inteligentes, ya conocíamos cómo se manejaban, dado que tuvimos datos de otras fábricas que habían tenido problemas. Hablamos con varias cooperativas con las que trabajamos en conjunto, era una red. Entre nosotros la llamábamos El Aguante o La Resistencia". Pedro recuerda esos momentos de luchas y tensiones con orgullo. "Nos tocan a uno, nos tocan a todos era el lema. En realidad no inventamos nada. En el contexto que vivíamos era común escuchar esas frases que nos daban mucha fuerza, nos hermanaba con un otro que había o estaba pasando por lo mismo".

El mate circula en la oficina y no importa si hay que cambiarle o no la yerba, sólo es el nexa para seguir compartiendo anécdotas en un espacio cargado de historias paridas sin anestesia por hombres de lucha. "Llegó el día tan esperado, el de la presentación de oferentes. Y ahí estaban todos los cooperativistas con los que habíamos hablado, haciéndonos el aguante", recuerda Pedro, mientras entrelaza sus manos, las pone sobre la mesa y hace crujir los cartílagos cuando las aprieta. Y agrega: "Imagínense a obreros del conurbano, curtidos en las luchas del momento y dispuestos a no dejarse amedrentar por los de

⁶ Eleisegui, P. "¿Mafia en las subastas?: así opera "La Liga" para quedarse con viviendas en los remates y meter miedo a compradores". Diario iProfesional. Recuperado de: <http://www.iprofesional.com/notas/149730-Mafia-en-las-subastas-asi-opera-La-Liga-para-quequedarse-con-viviendas-en-los-remates-y-meter-miedo-a-compradores>

La Liga, ni nadie que se apareciera". A esta altura del conflicto, los trabajadores habían desarrollado un proceso de toma de conciencia de la necesidad de organizar la lucha junto a otros actores, poniendo cuerpo y alma, con el objetivo de preservar su fuente laboral sin importar el costo personal. "Todos juntitos los compañeros en la entrada del juzgado y aparecieron 'los caranchos'. Eran tres y con sus respectivos guardaespaldas. Muy elegantes los rapaces, de traje y portafolios en mano. El primero que los recibió fue Antonio. De nuestro grupo era el que más fogueado estaba. Su metro noventa y pico de altura inspiraba respeto y cuando estaba caliente se hacía notar. No era como el viejo Ford T, que arrancaba con media manija. Este arrancaba derecho viejo, como el tango. Su voz grave, creo que se escuchó hasta en el Obelisco", recuerda Pedro.

—¿Qué carajo vienen a hacer acá? Ni se les ocurra querer pasar porque los vamos a cagar a trompadas. Vayan a trabajar decentemente, manga de atorrantes.

—Nosotros tenemos derecho a participar de la compulsiva. Actuamos dentro de ley- dijo uno de ellos.

—La fábrica va a ser sí o sí de los que nos rompimos el culo laburando por dos mangos. Ustedes son delincuentes que aprietan a los que no se saben defender. Les vamos a dar una paliza que no les va a quedar ganas de seguir cagando gente.

Pedro se ríe a carcajadas, se ahoga y tose. Disfruta recordar ese momento clave, dado que ahí se jugaban el pleno a todo o nada. "Me parece volver a verlos, blancos del susto estaban los turros. Los superábamos 6 a 1 en número y con los compañeros no le dimos lugar ni a un pequeño pataleo. Les hicimos tipo encerrona: un grupo por izquierda y otro por la derecha. Por unos

segundos los tuvimos a los gritos y a las puteadas. Ellos estaban acostumbrados a apretar gente. Pero con nosotros les salió el tiro por la culata. Yo creo que jamás pensaron que les podía pasar algo así. No, no, me juego la vida, no se la esperaban. Se fueron como perritos asustados, con la cola entre las patas. En un instante éramos unos locos a los gritos, llorando y abrazándonos", recuerda Pedro. Parecía increíble, pero el momento más deseado estaba cerca de concretarse. Contar uno, dos, tres es fácil. Sin embargo, cuando los tres son años de lucha, de padecimientos, de zozobras, es inhumano. El grupo estaba cada vez más cerca de materializar su utopía. Les temblaban las piernas. Estaban ahí nomás de concretar el sueño que tanto les había costado. Entraron casi todos y quedaron algunos en la puerta por las dudas que volvieran los caranchos, no querían sorpresas. El secretario de la jueza leyó las cuestiones legales y se dió comienzo al remate. Al no haber oferentes, salió todo como lo habían planeado. La fábrica era de los trabajadores y el gran festejo también.

El trueno hizo vibrar los vidrios de los ventanales del quinto piso. El viento musicalizaba el ambiente a través de todos los resquicios por donde pudiera filtrarse. El sonido de la alarma que se disparó de un automóvil le dió un toque de dramatismo a la situación. Se intercambiaron miradas de asombro. La doctora Uzal imploró: "¡Por Dios, que pare esta tormenta! Encima el

viento es terrible. Roguemos que no haga daño en ningún lado". Finalmente, hizo su relato sobre el día de la compra: "Los trabajadores hicieron una oferta que se aproximaba bastante al valor de la base fijada en la tasación". El monto final aceptado fue de un millón ochocientos mil pesos (\$ 1.800.000), pagaderos en quince cuotas iguales y mensuales con un 6% de interés anual, 21% de IVA y 3% de comisión para el enajenador, el funcionario designado por el Juzgado para la tasación de los bienes⁷.

Roberto se levanta de la silla con el termo y lo carga de agua una vez más. "Vamos a quedar como escuerzos, verdes e hinchados de tanto mate", dice mientras sigue cebando y recordando: "Nosotros no recibimos préstamos ni subsidios para la compra. Fue todo ahorro genuino y puro sacrificio grupal. Doce horas de trabajo diarios y retirando veinte miserables pesos por semana, que más adelante se hicieron cuarenta. La máquina para fabricar papel higiénico estaba para arrancar, pero teníamos el grave problema de no tener luz, gas ni agua. Con el tema del gas y el agua no hubo problemas, arreglamos enseguida. El drama era EDELAP, no nos querían conectar por la deuda que había dejado el exdueño". Nada los iba a desviar del camino que habían trazado. Las dificultades que parecían imposibles de solucionar eran transformadas en acción directa a favor del colectivo. Onosífero Benítez, Jovito Villalba y Antonio Palatinus se jugaron la vida por la cooperativa. Roberto recuerda que fueron ellos los que pusieron sus casas como garantía para que les restituyan la

⁷ La quiebra de la Papelera San Jorge S.A. se tramitó en el Juzgado de 1ª Instancia en lo Comercial N° 26, Secretaría 52, a cargo de la Juez Doctora María Elsa Uzal. "Papelera San Jorge S.A. s/quiebra s/incidente de realización de bienes (inmuebles, muebles, rodados y marca). Expte. N° 033139.

luz. En ese momento se pagaban, aproximadamente, \$130.000 mensuales y el fracaso de la reactivación de la fábrica era una posibilidad. Si les llegaba a ir mal, también perderían sus casas. Para sus compañeros, estos son recuerdos que engrandecen a un grupo de hombres que nunca bajaron los brazos. "Cuando pusimos a funcionar la máquina para hacer el higiénico, estábamos en la clandestinidad. La jueza venía cada tanto, con gente del juzgado, y nos decía: 'Me imagino que no estarán trabajando, ¿no?'. 'No, por supuesto que no' decíamos nosotros, estamos cuidando todo", cuenta Roberto y se ríe. "Teníamos el galpón cerrado para que no se viera la máquina trabajando. Igualmente, cualquiera se daba cuenta del movimiento que había. Hacían la vista 'gorda'. Eso nos permitió juntar peso por peso, dado que trabajábamos en negro. Le vendíamos a proveedores muy chicos. Así y con la venta de chatarra fuimos ahorrando", agrega Pedro. "Aunque parezca increíble, a nosotros nos fue muy bien en el 2002 y 2003. Como el papel nuestro no era de primera calidad, teníamos muy buen mercado interno, vendíamos, cobrábamos y guardábamos. Pero hacíamos una cosa de locos: la plata la teníamos acá dentro", dice Pedro y agrega: "Un día cayeron el Gallego Garay, uno de los fundadores de FECOOTRA y Manuel María de Arrieta, coordinador de FECOOTRA y abogado de nuestra cooperativa. Nos querían matar, teníamos \$500.000 en la caja. 'Inconscientes de mierda. Les van a robar todo y van a quedar en bolas', nos decían y nosotros con toda la plata metida en la oficina". Garay y de Arrieta hicieron la gestión y les abrieron una cuenta en el Banco Credicoop de La Plata. Cuánta razón tenían, a los pocos meses los asaltaron dos veces. "Tipo comando fueron los robos. Por suerte nos llevaron poca plata, era

la que teníamos de caja chica. Los 'chicos' estaban armados, pero actuaron sin violencia, por suerte. Igual, el cagazo que te pegás te dura un tiempo largo", concluye Pedro, entre las risas y bromas de sus compañeros.

Finalmente se hizo la adjudicación y se pudo recuperar la fuente de trabajo. "A mi entender, este fue uno de los procesos más exitosos que se llevaron adelante, ya que algunos han fracasado. Este fue un caso donde los obreros se comprometieron muy seriamente con el trabajo y pudieron salir adelante. La verdad que fue un muy buen procedimiento. Siempre vi en ellos el deseo de seguir como una verdadera cooperativa; con mucha seriedad y esfuerzo. Así se llegó a la adjudicación de la planta", cuenta la jueza.

Los turnos laborales de 12 horas diarias de trabajo comenzaron a plasmarse en hechos concretos. Fernando limpia sus anteojos con la parte inferior del pullover, firma un cheque y se lo entrega a Mauricio. En el momento de la compra era el tesorero. Luego de elegido el nuevo Consejo de Administración, pasó a trabajar en la máquina 1. "A Fer todos lo tratamos bien, con éste no se jode. Si te portás mal te corta los víveres", dice Mauricio. "Dejá de pasarme la franela que no preciso lustre", contesta Fernando y sonríe. Coloca la chequera en una pequeña caja de metal, la cierra con llave y la guarda en el último cajón de su escritorio. Habla bajo, como midiendo cada palabra. "Para mí, cuando ce-

rramos la compra fue el instante más emocionante. Era el final de una película de suspenso que nos mantuvo en tensión permanente. Es como que te estalla el bocho, porque querés procesar todo y no podés. El padecimiento fue tan grande que nos merecíamos un buen final". Fernando se saca nuevamente los anteojos y frota sus ojos con los dedos de su mano izquierda. Le quedaron brillosos, no era por los cristales.

Para la doctora Uzal, "el proceso que llevan adelante las fábricas recuperadas es muy complejo, dado que hay que componer los intereses en conflicto. Hubo dos líneas que se desarrollaron para la recuperación. Uno es este caso, hecho con seriedad. Hay otros que son más politizadas, no buscan defender las fuentes de trabajo, sino la de pequeños grupos. Esa es la línea que a mi entender ha fracasado. La línea que cree que hay que adjudicarles la empresa sin poner un solo peso, eso yo no lo acepté nunca".

"La ex San Jorge se condujo con racionalidad y seriedad por eso fue exitoso. También hicieron, acompañados por FECOOTRA, un gran esfuerzo de capacitación, dado que no es fácil salir de conducir una máquina a llevar adelante una empresa o cooperativa. Esta fue la empresa insignia que se tomó como ejemplo para conseguir la modificación de la ley de quiebras que admite la figura de cooperativa, dado que éste es uno de los procesos más exitosos que hubo. Cuando se hizo la gestión en el Congreso

de la Nación, ésta empresa se puso como ejemplo para justificar la modificación de la Ley de Quiebras. Por eso digo que se dieron los actores que se adecuaban para llevar a buen puerto las negociaciones. La justicia puso las condiciones basadas en la ley y los trabajadores un gran esfuerzo para cumplir con los compromisos asumidos. Yo siempre tuve en cuenta que los 27 trabajadores que quedaron después de la toma estaban realmente comprometidos con defender su fuente de trabajo y que no perseguían ningún otro interés que los alejara del objetivo principal", asegura la doctora Uzal, quince años después de su intervención en el caso.

La modificación de la Ley N° 24.522, conocida como Ley de Concursos y Quiebras, establece el reconocimiento a las cooperativas de trabajadores como sujetos políticos. Además, obliga al Estado a subsidiar a las cooperativas a fin de darles "apoyo técnico y económico" y asegura la continuidad del contrato de trabajo aún cuando la empresa se declare en quiebra. La Ley fue aprobada el 1º de junio de 2011. En esa sesión, la senadora del entonces oficialismo, Liliana Fellner (FPV) sostuvo que "la Ley de Concursos y quiebras se sancionó en el año 1995 y es un reflejo de aquella época". "Estamos defendiendo la producción y poniendo una vez más en el tapete el accionar de los trabajadores, valorando a los trabajadores. Esto es un reflejo del modelo de país que se está construyendo", señaló Fellner. El 29 de junio de 2011, la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner promulgó la reforma⁸.

⁸ "Aprueban modificaciones a la Ley de Quiebras para beneficiar a las cooperativas" (01/06/2011). Diario Ambito Financiero. Recuperado de: "<http://www.ambito.com/585584-aprueban-modificaciones-a-ley-de-quiebras-para-beneficiar-a-las-cooperativas>

La Dra. María Elsa Uzal hace una pausa. Se inclina sobre la mesa ratona de madera, toma una de las copas de vidrio y bebe un sorbo de agua. “Me da mucha alegría saber que la cooperativa está funcionando. Ese grupo de hombres de trabajo y sus familias hicieron un esfuerzo muy grande, se lo merecen”.

El sol era el mismo de todos los días. Pero el jueves 24 de mayo de 2004 brilló como nunca. Parecía haber hecho un acuerdo simbólico con los trabajadores de la flamante Cooperativa Unión Papelera Platense. Salieron del juzgado y saludaron a los compañeros de otras cooperativas, que los apuntalaron en ese momento crucial. Los abrazos parecían interminables. Los gritos de aliento, también. El dramatismo de lo vivido se transformaba en emoción incontenible. Los trabajadores estaban de pie, victoriosos. Como reza el refrán popular: “Esta vez, el tiro fue para el lado de la justicia”. “¡Qué momento, hermano! No lo podíamos creer. Fue interminable la despedida”, recuerda Pedro emocionado.

Se subieron a los tres autos y emprendieron el regreso a La Plata. Tomaron por la avenida 9 de Julio rumbo a la autopista. Pasaron por el emblemático lugar donde el 22 de agosto de 1951 se produjo el mayor acto político de la historia argentina: el renunciamiento histórico de Eva Perón (“Dos millones de personas” tituló el Diario La Razón). El edificio era, por entonces, el Ministerio de Obras Públicas. Se le llamó el Cabildo Abierto Peronista. Eva Perón, ya enferma, renuncia a la candidatura a Vice-

presidente de la Nación. Una de la frases que pronunció ese día fue: "Renuncio a los honores, pero no a la lucha"⁹. Salvando las distancias, vale la analogía. Los obreros tampoco renunciaron a la lucha. Y volvían a la ciudad de La Plata con una gran victoria. Subieron a la autopista los tres autos en fila. Se tocaban bocina uno al otro. Bajaban las ventanillas y se gritaban. Todo era jolgorio. "Hablábamos a los gritos, prácticamente sin escucharnos. Cada uno tenía cosas para decir y contar, pero era imposible entendernos. Era un verdadero quilombo, y la verdad, no nos importaba mucho", refiere Antonio sobre ese viaje.

La llegada a la fábrica fue apoteótica. Los obreros que estaban trabajando y sus familias los esperaban en el portón principal. Algunos vecinos se fueron acercando al escuchar el alboroto. Otros, que se habían enterado antes, estaban sumados al grupo como si fueran trabajadores o familia. Gritos, gritos, gritos. Algarabía total. Brazos que se alzaban en el enloquecido festejo. Una bandera argentina, atada a un palo, ondeaba frenéticamente. Casi no podían bajar de los autos. Todos se les fueron encima. Cada uno que fue bajando se abrazaba con el que más cerca estaba. Compañeros, amigos, mujeres, adolescentes, niños. Todos mezclados en un gran ramillete humano. El frío no le importaba a nadie. Había demasiado calor en los cuerpos. Del gran caño del galpón de máquinas salía un intenso vapor blanco. El esfuerzo titánico de los trabajadores estaba cristalizado. A una fábrica que estaba muerta, los trabajadores le devolvieron la vida con trabajo autogestionado.

⁹ Duhalde, Marcelo. "El renunciamiento de Evita, ayer y hoy" (22/08/2003). Diario Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-24436-2003-08-22.html>

LA, ORGANIZACIÓN

Autogestión obrera



*“Hasta que un día el paisano acabe con este
infierno, y haciendo suyo el gobierno, con
solo esta ley se rija: o es pa' todos la
cobija, o es pa' todos el invierno”*
Arturo Jauretche

“Estos me afanan”, pensó Julián cuando los vio llegar, llenos de grasa y mal vestidos. Cerró la caja con llave y los atendió. Eran tres: mientras dos le preguntaban por un repuesto, el tercero esperaba más atrás sin decir una palabra y con una mano metida en el mameluco azul a la altura del pecho. “Pero por qué carajo la hacen tan larga y no me afanan de una buena vez”, pensaba Julián, que hacía días que no vendía un tornillo en su ferretería industrial del conurbano bonaerense. Los tipos le hicieron varias preguntas sobre la mercadería y, por fin, rompieron el hielo. Montes, Palatinus y Benítez le explicaron que habían sido empleados de la San Jorge y que después de la quiebra se organizaron como una cooperativa de trabajadores. “Quedate tranquilo, hermano, que no te vamos a cagar. Necesitamos ese ruleman para poner a funcionar una máquina y nos vamos”, le dijo el Negro. A Julián le costó creerles después del tendal de deudas que le había dejado el dueño anterior de esa empresa. Y sobre todo porque todavía pensaba que quizá fueran ladrones. Pero les vendió lo que pedían. Entonces Benítez abrió su mameluco y puso sobre una mesa los fajos de billetes que tenía escondidos. Julián respiró aliviado: no tenían un revólver. “Contá si está bien la plata porque es todo lo que pudimos juntar”, le dijo Palatinus, le pagaron en efectivo y se llevaron el repuesto que les permitió

arreglar la máquina de papel higiénico, la primera que funcionó después del desguace durante la quiebra. Quince años más tarde, Julián le da de comer galletitas a uno de sus hijos en el escritorio de la cooperativa y recuerda cuando los vio llegar por primera vez: "Tenían una pinta que daba lástima. Bueno, la verdad es que por esa época todos dábamos lástima", dice Julián, recordando aquellos días de finales del 2001.

A partir de esa primera compra, la relación entre ellos dejó de ser sólo comercial. Se hicieron tan cercanos que incluso los acompañó a un encuentro de cooperativas y los llevó en su camioneta. Julián tenía muchos clientes de distintas industrias pero vio en la Cooperativa Unión Papelera Platense una situación diferente e inédita para él: a un grupo de hombres dispuestos a trabajar más de 12 horas por día para salir adelante con una fábrica que, en ese momento, ni siquiera les pertenecía. Luego supo que hasta habían vendido chatarra para poder pagarle ese primer repuesto que permitió poner a producir una máquina después de varios meses parada. Esa primera compra no era sólo una transacción comercial, era el puntapié inicial de los obreros para volver a llevar un plato de comida a sus casas después de tantos meses sin trabajo, en medio de una crisis que parecía no tener fin. Ya había pasado la toma, las negociaciones con la jueza, las horas interminables de cuidar un edificio desmantelado. Ahora, era momento de ponerse a producir papel. Pero con un nuevo desafío: ser una cooperativa autogestionada por sus trabajadores .

¿De qué hablamos cuando hablamos de autogestión? Técnica-mente nos referimos a la gestión de los trabajadores sobre una unidad económica, sin capitalistas ni gerentes, desarrollando su propia organización del trabajo bajo formas no jerárquicas. En otras palabras, significa que los trabajadores imponen colectivamente las normas que regulan la producción, la organización del proceso de trabajo, el uso de los excedentes y la relación con el resto de la economía y la sociedad. La autogestión significa también una apropiación por parte de los trabajadores del proceso de trabajo modificando las reglas que lo rige en la empresa capitalista, avanzando en la supresión de la explotación del trabajo por el capital¹⁰.

La recuperación del edificio de una empresa quebrada fue sólo el primer paso en este proceso. Después, los trabajadores tuvieron que aprender a administrarla. Los cambios en la forma de la organización del trabajo y la implementación de la autogestión tuvieron (y tienen aún) una serie de implicancias en la forma en que estos obreros se enfrentan con la vida misma. Comenzar a gestionar de manera colectiva implicó un cambio por el simple hecho de pasar a ser dueños de sus propios medios de producción: a partir de ese momento las decisiones empezaron a tomarse entre todos, sin un jefe que indique a cada uno qué es lo que debe hacer, cada socio es igual a otro y por lo tanto su voz y su voto vale igual que la de cualquier compañero. Los éxitos son de todos. Los fracasos, también.

Cuando decidieron volver a producir como cooperativa, a me-

¹⁰ RUGGERI, Andrés. ¿Qué son las empresas recuperadas?: autogestión de la clase trabajadora. - 1 ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Continente, 2014, pág. 41

diados de 2001, los trabajadores de la UPP pusieron en marcha una nueva forma de desempeñar tareas. Había una realidad concreta: el día que la San Jorge cerró sus puertas la mitad de los empleados se fue -todos de la gerencia y los profesionales- pero ahora, en la nueva gestión de los antiguos operarios, las máquinas y la administración tenían que funcionar. Si no lo lograban, todo el esfuerzo hecho hasta ese momento sería en vano: habían pasado apenas unos meses desde aquellos días de resistencia donde corría el mate en la toma pacífica del predio o las noches de frío durmiendo por turnos en la fábrica para evitar que se robaran lo poco que quedaba.

Como estaban dadas las cosas, los saberes imprescindibles para el funcionamiento de una industria que provee la ingeniería debieron ser reemplazados por los conocimientos adquiridos por la experiencia y el sentido común de los trabajadores durante sus años como operarios. Los más "viejos" en la fábrica organizaron lo que antes hacían los supervisores y los ingenieros. Pero también debieron hacerse cargo del trabajo de administrativos, contadores y abogados. Era momento de aprender sobre autogestión.

Los primeros meses fueron los más duros: en la fábrica estaba todo por hacer y la crisis no daba respiro. La necesidad de sobrevivir en un país sin empleo los embarcó en un proyecto autogestivo a pesar de no tener ningún conocimiento sobre cómo gestionar una empresa y menos de forma colectiva, sin jefes ni jerarquías. Cuando comenzaron a producir los primeros kilos de papel bajo el nombre de Unión Papelera Platense se dieron cuenta que necesitaban incorporar gente, aunque pare-

cía inimaginable en ese contexto, cuando las empresas cerraban y dejaban a miles de trabajadores en las calles. Como había ocurrido siempre en la San Jorge, la contratación se dio por recomendación entre familiares. Hijos, hermanos y parientes ocuparon los nuevos puestos. Por eso dicen que son "una gran familia". Los hijos de los históricos trabajadores saben cómo funciona cada parte de la producción gracias a la experiencia transmitida por sus padres. En la UPP, el del papelerero se volvió un oficio que se enseñó de generación en generación.

Desde lejos, sobre todo cuando se mira desde el Camino Centenario, se ve cómo el papel lo invade todo. Son toneladas de revistas viejas, guías telefónicas antiguas, folletos y material descartado de las oficinas que se apilan al aire libre en cada lugar disponible que hay afuera de la fábrica, sobre todo entre los galpones de máquinas. A diferencia de las grandes papeleras, que utilizan la madera de los árboles y deforestan para ello, el proceso de fabricación de papel en la UPP se obtiene gracias al reciclado. La materia prima se compra por fardos a mayoristas y en forma minorista a los cartoneros y recicladores que van a vender lo que juntaron cada sábado. Los sampistas son los que manejan los autoelevadores y los encargados de descargar, clasificar y trasladar todo ese papel apilado afuera hacia los galpones para comenzar con el proceso de producción. Con pericia cargan cientos de kilos de papel en los ganchos y van de un lado a otro, transi-

tando en los pequeños pasillos que quedan entre los fardos.

El proceso de producción comienza cuando ese papel viejo se pasa por una molienda y en el pulper se forma una pasta. El pulper es una especie de máquina para amasar gigante con una hélice que va girando para mezclar el papel reciclado con el agua. En este momento es necesario que el encargado realice su tarea de manera precisa para que el resultado final sea una pasta homogénea. De lo contrario, será un problema más adelante. Luego, la pasta del pulper se lava en las piletas y se depura para eliminar la tinta. Ahí empieza la refinación para generar una fibra lo más blanca y pura posible. La fuerza del agua que entra en las piletas hace que el papel que empieza su proceso de reciclado salte en todas las direcciones. Por años, en esta parte de la fábrica la pasta de papel se fue acumulando y quedó adherida en el piso, los peldaños y las barandas de las escaleras, las paredes, los caños de las máquinas. Los trabajadores de este sector tienen los borceguíes llenos de un barro gris que se forma en el suelo. Caminan en ese piso húmedo y controlan que todo en la primera parte de la producción vaya según lo planificado.

Después del reciclado y la refinación, la pasta comienza a pasar por la máquina de prensado a gran velocidad para empezar a tener nuevamente forma de papel. El conductor y los ayudantes se aseguran que cada válvula, engranaje y manguera esté en su lugar. Y que la máquina funcione a la velocidad correcta para producir la mayor cantidad de papel posible pero sin forzarla demasiado porque, aunque con algunas mejoras, sigue siendo la misma que hace 50 años. En ese galpón, el ruido de los motores es ensordecedor. Los trabajadores están tan acos-

tumbrados que no usan siquiera protectores auditivos, a pesar del cartel que lo indica en la entrada: "no olvide utilizar sus elementos de seguridad". Los más viejos tienen la capacidad, adquirida con los años, de escuchar cualquier sonido anormal en medio de ese caos de ruido y por eso saben cuando algo no anda bien y hay que hacer una revisión. Los obreros de los talleres de mantenimiento eléctrico y mecánico están alertas a los conductores y los ayudantes de la máquina para evitar que se rompa. Por eso se trata de hacer un mantenimiento preventivo y adelantarse a uno de los problemas cotidianos más graves: tener que parar la producción.

Una vez hecho el prensado, viene la siguiente fase. Desde dos calderas encendidas las 24 horas, se pasa vapor a la máquina de secado del papel. El trabajo del calderista es regular la cantidad de vapor enviado a la máquina y controlar la presión. "Cuando las luces del tablero están verdes es porque está todo bien. Pero si se ponen en rojo hay que prepararse porque revienta todo", bromea Daniel, que es calderista desde que entró a trabajar en la UPP en la primera camada de asociados nuevos. Es pleno invierno pero él trabaja en remera porque la temperatura en esa sala supera siempre los 30 grados.

Después del secado, el papel ya está listo para ser enrollado en bobinas que luego embalan, pesan y ordenan los encargados del depósito. Cientos de bobinas de papel higiénico, marrón y violeta se apilan listas para ser transportadas nuevamente por los sampistas, esta vez al transporte que los llevará hasta el cliente. En la balanza frente a la administración pesan la mercadería que ya está en los camiones. El portero de turno abre el portón y el papel comienza el viaje hacia su próximo desti-

no: un distribuidor de productos de limpieza que vende papel higiénico al por mayor o un productor del Valle de Río Negro que recibe el papel violeta para recubrir sus cajones de frutas. Las máquinas seguirán funcionando las 24 horas y los trabajadores cambiarán su turno cada medio día para poder seguir el ritmo de producción. Si aún se escucha el ruido ensordecedor de las máquinas y por la chimenea en el techo sale el vapor de agua de las calderas como si fuera humo, son buenas noticias: la UPP sigue viva.

Sebastián se tomaba todos los lunes muy temprano el Roca desde La Plata para llegar a su trabajo en una empresa de mantenimiento ferroviario en Capital Federal. Acumulaba horas extras para conseguir franco el fin de semana y así poder volver a su casa el viernes a última hora. Su mamá era ama de casa y su papá hacía meses que no cobraba: la San Jorge había cerrado cuando le debían varios sueldos y en ese momento estaba en la toma pacífica de la fábrica, tratando de salvar su fuente de trabajo, sobreviviendo con la ayuda de los vecinos y del Estado. Esta última llegaba a través de los planes sociales, que parecían la única respuesta de los gobiernos para los miles de argentinos empobrecidos por las políticas del menemato primero y luego de la Alianza. Así que Sebastián, obligado por la situación económica, desde muy joven tuvo que salir a trabajar para ayudar a su familia en medio de una crisis que no daba respiro. Quince

años más tarde está sentado en el taller de la Unión Papelera Platense, de la que su padre fue socio fundador. Después de hacer mantenimiento ferroviario, estuvo como empleado durante 10 años en GASOL Platense, una empresa de gases industriales y medicinales en Ensenada de la que lo echaron tras un cambio de dueño. Y ahí volvió la oferta en la UPP, donde además de su papá también estaba su hermano José, que había entrado a trabajar cuando recién se había formado la cooperativa. "Yo también estuve a punto de entrar en ese momento pero justo me llamaron de otro trabajo y preferí irme. Porque era en la época en que cobraban 20 pesos y era re difícil poder mantenerse", cuenta Sebastián.

"Esa época" fue pleno 2001, cuando trabajaron durante meses en turnos de 12 horas por día para cobrar 20 pesos por semana. Era lo único que se podía repartir entre los viejos trabajadores de la San Jorge, como el papá de Sebastián, y los recién incorporados a la cooperativa, como su hermano José. Los bolsos de mercadería de los planes sociales paliaban la crisis y los ayudaban a llegar a fin de mes. Sabían que no se podía cobrar un peso más y estaban dispuestos a soportar el esfuerzo, aún sacrificando la comida de sus familias, porque confiaban en el éxito de la recuperación. "Todos teníamos familia, algunos 4 o 5 hijos. Las mujeres nos ayudaban y venían a cocinar para todos con lo que había para comer. Era un esfuerzo colectivo. El día que logramos cobrar 40 pesos por semana fue una alegría, aunque seguía siendo una miseria", cuenta José, que antes de ser cooperativista intentó entrar como cadete en el Batallón 601 de City Bell pero no soportó la doctrina militar y se fue. "Imaginate

que mi mujer me quería matar, pasé de tener un sueldo fijo en el Ejército a ganar 20 pesos por semana en la cooperativa. Prefería eso a aguantar a los milicos”, recuerda y se ríe a carcajadas.

A principios de 2001, la UPP comenzaba a ser una empresa autogestionada. Pero a pesar de eliminar las jerarquías y buscar los mismos derechos sociales para todos los trabajadores, debía (y debe aún) convivir con las lógicas del sistema capitalista. Por eso, tomaron decisiones que en el contexto de una empresa convencional hubiesen sido abusivas -como trabajar 12 horas y cobrar 20 pesos- pero fueron necesarias para el desarrollo de una recuperada que tenía máquinas desguazadas y obsoletas y debió suplir las ausencias de jefes y capataces. De esta manera, la “autoexplotación” se volvió un proceso inevitable porque la necesidad de participar en el mercado y de competir en desventaja obligaron a los trabajadores a convertirse en sus propios capitalistas, usando métodos de trabajo impuestos desde el mercado¹¹. Comprendieron el momento que les tocó atravesar y entendieron que era un sacrificio colectivo que debían hacer para poder sacar adelante la fábrica y salvaguardar sus puestos de trabajo. El esfuerzo será recompensado tiempo después.

¹¹ “Desde esta perspectiva, sólo el cambio de sistema económico-social daría paso a una verdadera autogestión y terminaría con la alienación del trabajo. En las circunstancias históricas concretas en que se desarrollan estas experiencias, este análisis no alcanza para ver las complejidades de la cuestión. En la práctica cotidiana, poco importa mientras no haya perspectivas reales, inmediatas, de acabar con el sistema capitalista. Mientras, a los trabajadores no les queda mejor opción que ‘autoexplotarse’ antes de ser explotados en forma directa por el capital”, extraído de RUGGERI, Andrés. ¿Qué son las empresas recuperadas?: autogestión de la clase trabajadora. - 1 ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Continente, 2014.

El día que cobró el primer retorno¹², José volvió a su casa y después de meses de contar las monedas para llegar a fin de mes, salió con toda su familia a festejar. Fueron a McDonald's, pagó siete hamburguesas y se las comió. "Después llevé a los chicos a la calesita. Los hice dar tantas vueltas que se bajaban mareados", dice y larga una carcajada contagiosa. Reírse y contar una anécdota graciosa es su manera de quitarle dramatismo a las historias cotidianas de aquellos días de incertidumbre.

Las historias de Sebastián y José, como las del resto de los trabajadores de la UPP, están marcadas por la crisis del 2001. Como si hubiera dejado una huella indeleble, aún 15 años después, cuando el contexto político, económico y social es otro. Los más viejos recuerdan la desesperación de quedarse sin trabajo cuando eran el sostén de la familia, muchos con varios hijos. Y los más jóvenes, la necesidad de empezar a trabajar con 16 o 17 años para ayudar a sus familias golpeadas por la crisis.

Al lado del pulper, con un ruido ensordecedor de fondo por los motores de las máquinas, José le hace un chiste a su hermano y vuelve a la oficina. En 2017 fue elegido como presidente de la cooperativa y desde entonces su tarea está en la administración, al menos hasta que termine su mandato. Sebastián vuelve

¹² El retorno es, en la terminología utilizada por el movimiento cooperativo, la parte que le corresponde a cada socio del excedente de la cooperativa. Equivale al concepto de dividendo de las empresas capitalistas.

a revisar la pasta de papel y que todo esté bajo control. Todavía le quedan un par de horas para terminar su turno.

Pedro nunca se imaginó, en su curso de electricidad, tener que llevar adelante una carpeta de clientes a quien venderle un camión de papel marrón. Y Roberto, que no pudo terminar la secundaria, jamás pensó ser secretario de una cooperativa. Ellos, como tantos otros trabajadores que habían estado años en la Papelera San Jorge, conocían cómo funcionaban las máquinas, cómo era el proceso de producción de papel e incluso sabían cómo mejorarlo, pero no estaban preparados para administrarla. En pocos meses habían arreglado la maquinaria desguazada por el dueño anterior y la fábrica ya estaba en marcha. Una batalla estaba ganada, pero no bastaba sólo con producir, ahora había que sobrevivir con una empresa recuperada por sus trabajadores en un mercado y en un mundo capitalista. Faltaba una pata fundamental: vender, comprar insumos, distribuir la mercadería, planificar, hacer trámites contables. En definitiva: gestionar la empresa.

Los primeros meses fueron de resistencia y aprendizaje. Los nuevos cooperativistas, exobreros asalariados que habían hecho el mismo trabajo durante años, debieron reasignar tareas y hacerse cargo de funciones administrativas que jamás habían hecho. La nueva organización cooperativa requería de un Consejo de Administración: Presidente, Secretario, Tesorero y Síndi-

co que durante cuatro años, por estatuto, ocuparían las oficinas de la administración. O como le llaman en la UPP, por su distribución en el terreno: "allá adelante". No fue un camino fácil: hombres que habían dedicado toda su vida a la electricidad, la caldera o el manejo de una máquina bobinadora de pronto se vieron en la obligación de aprender sobre administración de empresas pero sin cursar ninguna carrera en la facultad. Las circunstancias los ponían a asumir esa responsabilidad y debían estar a la altura. Sobre todo porque quienes ocupan un cargo en el Consejo no llegan hasta allí por azar, sino por elección de sus compañeros en el órgano máximo de decisión de una empresa recuperada hecha cooperativa: la asamblea. Esta forma de organización es parte del movimiento obrero argentino desde sus inicios y fue históricamente la instancia de legitimación de las acciones a seguir y de definición de los conflictos de los trabajadores. Pero adquirió su mayor relevancia en la conformación del movimiento de empresas recuperadas: las asambleas de trabajadores se convertían en un órgano que de hacer reclamos a las gerencias pasaba a tomar decisiones sobre sus propios medios de producción, convirtiéndose así en la razón de ser de su identidad.

La administración es una construcción típica de los años 50 con ladrillo vista y techo de tejas a dos aguas. Temprano llegan Rosa y Claudia, las únicas mujeres de la UPP en una fábrica

compuesta casi exclusivamente por hombres. Rosa se incorporó en 2001, apenas comenzó a funcionar la cooperativa, para empezar a organizar la administración tras el éxodo masivo de los antiguos empleados de ese lugar. Su papá había trabajado en la San Jorge por más de 20 años. Antes de ser despedida, Rosa fue secretaria en los consultorios médicos de la ART con la que trabajaba la papelería. "Así que los conocía a todos porque, más allá de ser los compañeros de toda la vida de mi papá, los recibía cuando se iban a atender ahí", dice y cuenta orgullosa que cuando comenzó eran 27 hombres y una sola mujer: ella. Hasta que llegó Claudia, en 2004, también para trabajar en las oficinas. Ambas son hijas de históricos trabajadores de la San Jorge y socios fundadores de la Unión Papelera Platense. Son las únicas en este mundo de hombres y muchas veces sienten la mirada machista sobre su labor cuando alguno de sus compañeros les reclama que su trabajo es "más fácil". Pero ellas saben bien que no tienen privilegios: cuando estuvieron embarazadas siguieron trabajando incluso cuando estaban a punto de parir a sus hijos. Las chicas de la UPP son una demostración cabal de que aquello del "sexo débil" no es más que un invento.

El edificio de la administración da cuenta del paso del tiempo: algunos almanques viejos de FECOOTRA siguen colgados sobre las paredes que tienen una pintura color manteca que se fue decolorando. El espacio se fue perdiendo por algunas cajas apiladas y a veces hay que esquivar bolsones de papel higiénico para poder entrar. Sobre los escritorios, papelitos con anotaciones y carpetas llenas de facturas y recibos. Rosa y Claudia comparten con Pedro, Fernando y Mauricio el trabajo diario en

las oficinas. Meses después serán José, Roberto y Daniel. Y en cuatro años, otros tres ocuparán sus cargos de presidente, secretario y tesorero. Sean quienes sean los elegidos, algunas cosas no cambiarán, como los chistes internos y el mate que corre entre oficinas toda la mañana.

Un camión de Tres Isletas, Chaco, frena pegado a la administración para pesar la mercadería. La vieja balanza "Crenna, Arcuri y Cia" de 1956, que pesó camiones por más de 50 años, marcará con precisión las toneladas de papel marrón que se lleva el cliente. Mauricio anota en un papel y le convida un mate al camionero, que sigue su viaje. Algunos trabajadores pasan a despedirse porque ya terminaron su turno. Suena el teléfono. Julián llegó a saludar y a cobrar un repuesto. Es otro día normal en la administración.

FECOOTRA

"Algo murió aquí y algo nuevo va a nacer"¹³, sentenció Héctor el Gallego Garay en el acto donde inauguraron oficialmente la Cooperativa Unión Papelera Platense bajo gestión obrera en septiembre de 2001. En abril de ese mismo año, él y Nélida López, en representación de la Federación de Cooperativas de Trabajo

¹³ "Reabrió ayer sus puertas en La Plata la Papelera San Jorge" (3 de septiembre de 2001). Diario La Nación. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/332362-reabrio-ayer-sus-puertas-en-la-plata-la-papelera-san-jorge>

de la República Argentina, fueron los primeros en llegar a la fábrica tomada a dar el apoyo a los trabajadores. Horas antes habían leído en el diario El Día que la San Jorge había cerrado sus puertas y los empleados resistían pacíficamente en sus instalaciones. Desde ese primer momento, FECOOTRA acompañó el proceso de recuperación y crecimiento de la UPP: se encargó de formar a los nuevos socios en los principios básicos del cooperativismo, brindar asesoramiento jurídico y enseñar al nuevo consejo de administración a llevar adelante la autogestión de una empresa recuperada. "Todo el trabajo de aprender a gestionar fue en gran parte gracias a FECOOTRA porque nosotros no teníamos idea. De no haber sido por ellos que nos capacitaron, todo hubiese sido muchísimo más difícil", asegura Pedro, que fue parte de varios consejos de administración. Pero su mérito más importante fue el que distingue a las empresas sociales: el de establecer lazos de solidaridad y acompañamiento.

La relación con FECOOTRA fue un ejemplo cabal de que la autogestión es una economía que no piensa en el capital sino en el humano. Unos años después, algunos de los trabajadores de la UPP fueron miembros de la comisión directiva de la Federación, como Rosa o Roberto, que entendieron la importancia de la organización y la autogestión y comenzaron a militar el cooperativismo. Los socios de la UPP se encargaron de recorrer miles de kilómetros con FECOOTRA para difundir las experiencias exitosas de cooperativismo y gestión obrera. No sólo exponían en universidades de todo el país e incluso en programas de televisión, sino que su trabajo militante más importante estaba con los obreros que llegaban un día a trabajar y de pronto se encontraban en la calle, con las puertas de su antigua empresa

cerradas. Y ahí salían dos o tres de la UPP, a bancar la toma y dar testimonio de que la recuperación de la empresa y la autogestión era posible. Gracias al trabajo solidario de FECOOTRA, comprendieron que era momento de dar una mano a los trabajadores en apuros, como en su momento Yaguané y tantas otras cooperativas lo habían hecho con ellos en aquella toma de la San Jorge, cuando el futuro era totalmente incierto y la solidaridad de clase fue el motor que les dio la fuerza para vencer.

El día que la San Jorge cerró, las estructuras y las jerarquías existentes cayeron como un castillo de naipes. Y a partir de ahí, todo debió modificarse. En una empresa autogestionada, donde la cultura laboral se construye sobre relaciones de confianza, se disuelven las relaciones jerárquicas. Es por eso que en la UPP no existen más los puestos de control y vigilancia: cada uno es responsable de su sector porque de no producir, ellos son los únicos perjudicados. Se terminó así con la organización capitalista que imperaba en la San Jorge, donde los empleados estaban bajo la mirada atenta de los distintos jefes que mantenían el orden (Jefe de Planta, Jefe de Mecánica, Jefe de Electricidad, Jefe de Técnica).

La empresa autogestionada genera vínculos entre los trabajadores contrarios a la competencia y el individualismo que fomenta la empresa capitalista, aunque no se destierran de cada persona de un día para el otro. En la nueva organización,

la relación laboral cambia en muchos aspectos. Por ejemplo, en la Unión Papelera Platense todos cobran lo mismo por hora trabajada. Y al desaparecer los mecanismos de control, entre compañeros se cubren cuando alguien tiene que irse un rato antes o necesita cambiar el horario de trabajo. No es necesario pedir permiso para comer o ir al baño. Cada uno es consciente y responsable de sus actos. Como cada uno es responsable de su sector ahora que no hay jefes ni supervisores. La lógica es simple: si un trabajador rompe algo o para la producción, está perjudicándose a sí mismo porque él es también dueño.

Uno de los principales conflictos entre los trabajadores se da con aquellos que no lograron entender este proceso. Es que el pasaje de la condición asalariada a la condición autogestionada del trabajo no es algo que una persona, que internalizó las lógicas capitalistas durante toda su vida, pueda cambiar de manera radical y repentina. La disputa se da, sobre todo, con algunos de los trabajadores más jóvenes. Por lo general, personas que no vivieron el proceso de recuperación de la empresa y actúan siguiendo los métodos de una empresa convencional: compiten entre compañeros e incluso a veces hacen lo posible para parar la producción. Y los más "viejos" se quejan constantemente de esta situación. Lo que muchos no entienden es que este proceso no es tan sencillo. No se trata simplemente de tomar conciencia, sino de deconstruir conductas: lo que antes era considerado una resistencia a la explotación, ahora es un boicot a la gestión colectiva. Este es, posiblemente, uno de los procesos más difíciles de llevar adelante en una empresa autogestionada.

Hay infancias marcadas por la miseria de las barriadas, las visitas esporádicas a la escuela y cartonear sin zapatillas para poder comer, con suerte, dos veces al día. Fabián tenía 8 años cuando empezó con Sara, su mamá, a recorrer la ciudad de La Plata juntando cartones. En la edad en que los chicos aprenden a leer y a escribir, juegan en la plaza con sus amigos y se van unos días de vacaciones en familia, él revolvía la basura para encontrar cualquier cosa que valiera unos pesos para cargarlo a su carro. Como las empresas recuperadas por sus trabajadores, los cartoneros fueron una consecuencia directa de la crisis del neoliberalismo. Los miles de argentinos que engrosaban las estadísticas de desocupación por las políticas del menemato tuvieron que salir a ganarse el pan como sea en un país sin trabajo. Si bien el del "ciruja" es un oficio que existe desde principios del siglo XX, el cartoneo se volvió una salida a la crisis estructural a fines de los noventa y estalló después del gobierno de De la Rúa. En las calles de los barrios más pudientes de los principales centros urbanos, cuando caía la noche empezaban a desfilar los carros tirados por hombres, mujeres y niños que intentaban ganarle a los camiones recolectores de basura para poder rescatar papel y cartón de las bolsas de residuos. Con el correr del tiempo cada vez fueron más los que llegaban desde las zonas periféricas a las grandes ciudades para ganar 10 o 15 pesos por día. El caso más simbólico fue el del "Tren Blanco", un servicio que prestó desde 2002 la Línea Mitre, ramal José León Suárez, para que los cartoneros pudieran trasladarse con sus carros desde el conurbano bonaerense a la Capital Federal. Servicio que no hubiera sido posible sin la organización de los trabajadores, tal como ocurrió con las recuperadas.

A Fabián, el cartoneo le permitió sobrevivir durante 10 años, ayudado por una verdulería donde le pagaban con mercadería por algunos trabajos que hacía. Durante su corta vida, se las rebuscó como pudo. Agradeció la solidaridad de algunos y sufrió el desprecio de otros. Cuando lo veían en el carro, algunas madres le regalaban ropa o le dejaban los cartones separados para que no tuviera que revolver la basura. Otros cruzaban la calle cuando lo veían morocho y sin zapatillas. Fabián fue víctima de la verdadera grieta de la sociedad argentina: entre los que hacen algo, aunque sea mínimo, y los que miran para otro lado. En los últimos meses, todas las semanas se iba con su carro hasta la UPP donde los sábados le compran a los cartoneros del barrio el papel y el cartón que luego en la fábrica reciclan para hacer nuevamente papel. En una de esas visitas, José, el actual presidente, le ofreció una changa. Fabián se quedó trabajando 3 días. Cuando terminó, le propusieron que se quedara a prueba. A los 18 años, y después de trabajar más de la mitad de su vida en la informalidad, conseguía su primer empleo en blanco con la posibilidad de ser también socio en algún momento. Aunque todavía tenía que resolver algunas cuestiones, como tramitar su DNI. "Lo estoy haciendo para poder tener la obra social, porque acá tengo obra social, pero sin documento no me la dan", dice Fabián que aprende muchísimo de sus compañeros trabajando en el pulper. Ahora se capacita en el oficio del papelerero y ya sabe cómo es el ciclo de producción: una de las tantas cosas que aprendió trabajando, mucho más de lo que aprendió en la escuela porque no alcanzó a terminar la primaria. Desde hace unos meses vive con su pareja en una casita de ladrillo que el Estado hizo para que pudieran mudarse las familias que, como

él, se asentaron ilegalmente a la vera del Arroyo El Gato en Ringuélet. El mismo arroyo que corta al medio la fábrica.

Todos los días, Fabián le da de comer y sigue cuidando a su yegüita que también soportaba el frío, la lluvia, el hambre y el cansancio en las recorridas por las calles platenses. Dice que se la quieren comprar pero no la vende porque es su compañera. Cuenta que el papel que otros tiraban lo hizo sobrevivir toda su infancia y adolescencia. Y ahora, entrando en la adultez -aunque aprendió a ser un adulto hace tiempo- la industria del papel le da una nueva oportunidad.

EL PRESENTE

Reinventarse, resistir



*“Qué tiempos serán los que vivimos,
que hay que defender lo obvio”
Bertolt Brecht*

“Estos tipos nos llevan de cabeza a otro 2001”, dice Pedro y tira las facturas de Camuzzi y EDELAP sobre el escritorio. Va hasta la carpeta donde guardan las boletas por fecha y servicio, busca las del período anterior y se las muestra a Mauricio y Roberto, que están en la oficina: “para que vean que no les miento, entre luz y gas pagábamos 600 mil pesos”, dice y las caras de preocupación empiezan a multiplicarse. Esas últimas boletas, de mayo de 2016, ascienden a casi 2 millones. El primer tarifazo anunciado por el Ministro de Energía de la Nación, Juan José Aranguren, llegó a la Unión Papelera Platense y se sintió fuerte.

—Pero la puta que los parió a estos tipos, ¿cómo vamos a hacer para pagar esto? ¿no piensan en los laburantes?

—Estos son los mismos que se llenaron de plata en los noventa haciendo negocios con el Estado y nos dejaron en la calle, ladrones de guante blanco. ¿Te parece que le importamos algo los que laburamos? En cuatro años la juntan en pala, se la llevan a algún paraíso fiscal y nosotros quedamos culo para arriba otra vez.

En la UPP el ambiente empieza a ponerse raro. Saben perfectamente que no pueden sostener este nivel de gasto por mucho tiempo: si los servicios siguen aumentando, en breve los

números no van a cerrar. Según un informe elaborado por FE-COOTRA, a mediados de 2016 los aumentos en las tarifas para las cooperativas de trabajo iban del 300 a 600% en el caso de la electricidad y rondaban el 500% para el gas. A solo cinco meses de la asunción de Mauricio Macri, la situación económica se vuelve cada vez más asfixiante para todo el sector industrial por la devaluación, la dolarización de la economía y la apertura de las importaciones del nuevo gobierno. Solo en el primer año de gestión, las políticas del macrismo provocaron el cierre de 5000 empresas y la pérdida de más de 127.000 empleos en el sector formal, según números oficiales. Pero de todo ese combo de políticas antiobreras, para la UPP el problema más grave es la suba de las tarifas: en abril de 2017, a casi un año del primer aumento, acumulan con las empresas de luz y gas una deuda de 6 millones de pesos. La mochila se vuelve cada vez más pesada porque no tienen la capacidad de cancelar el total de las facturas en un pago y las cuotas se acumulan, junto con los intereses por la mora. Empiezan a correr el riesgo del corte del suministro y eso significa lo peor: que se pare la producción.

Los trabajadores más antiguos coinciden en el mismo análisis: esta situación se parece mucho a los meses anteriores a la quiebra de la San Jorge. Después de 15 años como empresa recuperada y autogestionada, da la sensación de que el ciclo económico se repite y otra vez aparece el fantasma del cierre, aunque nadie lo quiera decir en voz alta. Pero a esta altura sabemos que resignarse es la última opción de los trabajadores de la UPP, así que ahora comienzan una nueva pelea, esta vez por la reducción de las tarifas y la refinanciación de la deuda: cartas a la Defensoría del Pueblo, presentaciones en conjunto con

FECOOTRA y sus abogados, pedidos a políticos y organismos estatales. Prueban por todos los canales posibles. "La última que nos queda es prender fuego unas gomas en el Centenario a ver si así nos escuchan. Ya pasaron muchos años y que otra vez tengamos que llegar a este punto, la verdad, te dan ganas de llorar", dice Pedro, que desde que llegó la primera factura con aumento no dejó de golpear puertas para encontrar una solución. La oposición al oficialismo de turno no se hace esperar: varios concejales platenses visitan la fábrica. Hasta el exgobernador bonaerense y excandidato presidencial Daniel Scioli llega en abril de 2017, equipo de prensa mediante, a interiorizarse en la situación de la papelera. Lo acompaña el exintendente de La Plata, Pablo Bruera. Hacen unas fotos y filman un video para sus redes sociales donde los trabajadores cuentan la situación desesperante que viven. Scioli y Bruera denuncian las políticas de ajuste del macrismo y piden una solución rápida. A pesar de la ayuda prometida, la UPP no consigue ningún financiamiento ni baja en la tarifa: la deuda se sigue acumulando.

El portón sobre la calle 514 daba la bienvenida y unos pasos adelante estaba emplazada la administración, la entrada para camiones y la balanza para pesar la mercadería. Enfrente, la portería: una cocina pequeña con un lugar para hacer mate con las paredes llenas de fotos de chicas semidesnudas que recortaron hace mucho tiempo de algún diario. Y también unas sillas para

quien quisiera acompañar al portero de turno con unos mates debajo del alero de la portería. Después de la administración, el puente que llevaba hasta el otro lado del Arroyo El Gato, donde se emplaza el taller y las máquinas. De un lado la administración, en el medio el arroyo, del otro lado la producción.

A unos metros, sobre la calle 514, una construcción de pocos años desentona con el estilo de la fábrica. Es un salón de usos múltiples modesto: un espacio amplio, una cocina y baños que construyó la Unión Papelera Platense utilizando el Fondo de Educación y Capacitación Cooperativa¹⁴ que dispone su estatuto. La idea de los socios de la cooperativa fue tener un lugar para capacitarse y también para que lo utilizara todo el barrio, además del uso que podían darle los asociados. Y finalmente por allí pasaron actores muy distintos. Desde ingenieros y profesionales de la Universidad Nacional de La Plata para hacer sus proyectos conjuntos con la papelera hasta madres jóvenes con sus hijos para tomar la copa de leche después de la escuela. También los miércoles, señoras del barrio se acercaban a hacer talleres de computación que financiaba la UPP. Incluso fue el Centro de Atención del Comité de Crisis durante la trágica inundación en la ciudad de La Plata que afectó también a la zona de Ringuélet. Cuando la Universidad, una agrupación o un partido político llegaba al barrio con una propuesta de taller y necesitaban un lugar físico, la respuesta de los vecinos era la misma: "Pregúntales a los de la papelera que seguro te prestan

¹⁴ El Fondo de Educación y Capacitación Cooperativo forma parte de todos los estatutos de las cooperativas de trabajo y tiene su fundamento en el Quinto Principio Cooperativo: Educación, Cooperación e Información. Ver en: <https://www.aciamericas.coop/Principios-y-Valores-Cooperativos-4456>

el salón". Y así fue: el SUM siempre estuvo lleno de gente. Los socios de la UPP no se capacitaron tanto como hubiesen querido, pero no por eso fue un lugar vacío. "Construir ese espacio fue una manera de agradecer a los vecinos que nos ayudaron tanto durante la toma, cuando no teníamos un mango y comíamos gracias a la olla popular", recuerda Pedro.

Durante 50 años, los obreros cruzaron a pie el puente sobre el Arroyo El Gato para ir a trabajar a la fábrica. En todo ese tiempo, el paisaje fue el mismo. Incluso cuando se convirtió en una empresa recuperada el edificio no cambió, aunque el paso de los años iba dejando su huella. La misma administración, el mismo puente, la misma fábrica. Pero después de la inundación de La Plata, el Estado decidió hacer obras en El Gato, que fue uno de los que desbordó sobre la ciudad. El plan preveía el ensanche del arroyo, por lo que se necesitaba sí o sí parte del terreno que pertenecía a la UPP. Tras varias negociaciones con el Estado provincial, llegaron a un acuerdo: se tiró abajo el puente y se expropió la porción del terreno sobre la calle 514. El salón de usos múltiples, la vieja administración, la portería y la balanza que pesaba la mercadería de los camiones desde 1950 dejaron de ser propiedad de la Unión Papelera Platense. A cambio, el estado les hizo nuevas oficinas sobre la calle 515, con vestuarios y portería incluidos.

—¡Pero cómo te fuiste para arriba, viejo! Mirá qué portón paquete te hicieron, hasta corre para los costados, ni fuerza tenés que hacer para abrirlo- le dice un trabajador que terminó su turno a Leonardo, que se acerca rengueando y larga una carcajada.

—¿Viste? Me llamó la gobernadora y me preguntó: "viejo, ¿cómo querés el portón? Te pregunto a vos porque los vagos de tus compañeros no saben nada" Yo le dije que se acuerde que estoy jodido de las rodillas y la señora me lo mandó con rueditas y todo, ¿qué te parece? Vení, tomate un mate y después te vas.

La nueva portería está pegada a la administración y también a la entrada, así que Leonardo ya no tiene que caminar tanto para dar paso a los que entran y salen. Mientras, se sienta en una banqueta y siempre hay algún compañero que se queda un ratito a hacerle compañía y a tomar unos mates. "Leonardo es de los históricos. Trabajaba antes en la fábrica y ahora está en la portería. Al viejo no le dan más las rodillas pero él sigue viniendo porque la jubilación nuestra es una miseria entonces acordamos entre todos los compañeros que a los viejos se los banca hasta que ellos decidan retirarse. Pero son tercos, tienen más de 70 y se quedan, siguen trabajando", dice Roberto, que lo mira a Leonardo a través del vidrio de la administración y mientras hace un recibo. A los "viejos", como llaman en la cooperativa a los históricos, el trabajo en la fábrica se le nota en el cuerpo: tienen las manos gastadas y los huesos les pasan factura. Algunos siguen en la fábrica pero los que ya se retiraron pasan cada tanto a visitar a sus compañeros y para saber cómo va todo. Nunca terminan de irse por completo. "Nosotros no tomamos dimensión pero es verdad que esta fábrica es su vida. Pensá que ya eran grandes cuando decidimos que íbamos a hacer una cooperativa. Y siguen acá, es increíble", dice Roberto, el actual tesorero de la cooperativa. Por la ventana se lo ve a Leonardo, que vuelve a hacer fuerza para levantarse de la banqueta y

va rengueando hasta el portón a abrirle a un pibe que entra a cubrir su turno.

“Hoy nos reunimos con el Defensor del Pueblo y mañana vamos a hablar con los diputados para ver si podemos conseguir alguna reducción o plan de pago sin intereses. Algo de todo eso tiene que salir”, dice Rosa a varios compañeros que terminaron su turno y se acercaron a la administración, interesados en cómo va la situación con las tarifas. Por esos días, en la UPP todo parecía caótico: al problema de la suba de los servicios se le sumaba reorganizar las oficinas tras la pérdida del terreno en la expropiación, lidiar con las complicaciones que trae una obra de grandes dimensiones a pocos metros y el futuro incierto en un contexto económico claramente desfavorable. Además, en esos meses habían perdido un par de clientes importantes. Esta situación tuvo en el grupo discusiones y debates dentro y fuera de la asamblea. Tampoco faltaron los lamentos y las puteadas al gobierno de turno. Pero no iban a quedarse de brazos cruzados, entonces decidieron que tenían que hacer algo. Y por qué no, fieles a su conducta, arriesgarse.

La solución inicial llegó con un cliente que distribuye artículos de limpieza al por mayor y les compra las bobinas enteras de papel higiénico. Ese cliente les propuso venderles una fraccionadora de higiénico y que ellos se la paguen con la mercadería de siempre. El negocio se trató en asamblea: ganó el sí.

Ahora la Unión Papelera Platense tendrá su propia marca de papel higiénico.

La instalación de la máquina llevó unos meses porque estaban en plena reorganización tras los cambios que había traído la obra del arroyo. Primero hicieron lugar en un galpón donde guardan las bobinas. Después trajeron la fraccionadora y la instalaron. Y también tuvieron que incorporar a dos nuevos aspirantes a socios para manejarla: tienen que rebobinar el rollo grande y después cortarlo para que queden los rollitos. Desde la administración hicieron todos los trámites para comercializar su propia marca, que ya tiene nombre: Natupel. Les falta comprar una selladora para hacer bolsitas de 4 o 6 unidades y largarlas al mercado. Por ahora, los vecinos del barrio que se enteraron por el boca a boca que en la papelera venden rollos de papel higiénico a muy bajo precio, pasan a comprar bolsones grandes.

De alguna manera, los trabajadores de la UPP se la rebuscan para seguir en pie. Si bien es cierto que mantienen estables sus ventas -porque el papel que producen es de una calidad media acorde a su precio que tiene mercado- y la apertura de las importaciones de papel no los afectó directamente, sí lo hicieron otras medidas como la suba de las tarifas, la dolarización de los precios y el consecuente achicamiento del mercado interno. Las máquinas viejas se rompen con regularidad y conseguir un repuesto importado con un dólar que a mediados del 2018 alcanza los \$30, hace que los costos suban considerablemente. Aunque hacen lo posible para absorber esos gastos y no trasladarlos a los precios de sus productos. En la actualidad producen 450 toneladas mensuales de papel. Lo ideal sería llegar a

las 600 toneladas, pero con las máquinas viejas no es posible: forzarlas sería una rotura segura.

“En algún momento, cuando la economía acompañaba, evaluamos poder renovar la maquinaria. Pero fue imposible, los créditos a los que tenemos acceso son muy bajos y las máquinas salen millonadas de plata. Nosotros no tenemos la capacidad de endeudarnos como una empresa grande, así que seguimos con las de siempre, cuidando que se rompan lo menos posible y haciéndoles las revisiones preventivas para evitar problemas mayores antes de tiempo”, cuenta Fernando, extesorero de la cooperativa y hoy operario en la fábrica. El problema de la falta de inversión en tecnología no es sólo de la UPP, sino de la gran mayoría de las empresas recuperadas. En estos 17 años de autogestión, no consiguieron ningún tipo de financiamiento privado ni estatal de importancia como para que les permitiera renovar las máquinas y poder competir a una mayor escala. Así que desde la recuperación producen con tecnología obsoleta, lo que afecta a la productividad y los deja en desventaja con los competidores. Por eso en épocas donde la economía no los favorece, el margen es corto. Y cada vez que alguna máquina se rompe, pueden estar con la fábrica parada durante varias horas, incluso días. En ese momento, la prioridad es una sola: volver a producir. Saben que cada hora con las máquinas paradas implica un retraso con los pedidos y pierden dinero. Los más viejos siempre están al mando del arreglo porque son los que conocen al detalle a la máquina y eso se respeta a rajatabla. Los trabajadores del turno se pondrán el arreglo al hombro hasta que todo esté funcionando: si el ruido vuelve a ser ensordecedor, todo vuelve a la normalidad.

MARIO

El corazón de las máquinas



*"Me gusta la gente simple
aunque yo soy complicado
la gente de casa pobre
y corazón millonario
La que todavía suda,
la que se rompe las manos,
la que se juega la vida
por el pan de sus hermanos"
Facundo Cabral*

Mario, con sus 75 años a cuestas, da indicaciones. Tiene una gorra que antes fue verde y hoy está llena de grasa y con un pucho en la boca hace fuerza para poder levantar un rodillo que pesa una tonelada. Lo ayudan cinco compañeros que, por la edad, podrían ser sus hijos. Y algunos, hasta sus nietos. La máquina 1 se rompió otra vez y él se quedará hasta cualquier hora para ponerla a producir. Es el único en esa fábrica que sabe perfectamente cuál es el problema y cómo solucionarlo. Sus compañeros de la Cooperativa Unión Papelera Platense aseguran que él y las máquinas eran como una persona: las conocía como a la palma de su mano. Varios años después de su muerte, estos obreros del papel seguirán recordando a Mario que ya no está físicamente, aunque su presencia se siente en todos lados.

"De una cooperativa de trabajo, la primera cosa es la sociedad, la unión. Porque la unión hace la fuerza", aseguraba Mario de Blasis en una entrevista del 2004 a un profesor de sociología argentino que, radicado en Estados Unidos, vino a nuestro país

interesado en el boom de las fábricas recuperadas que emergieron como respuesta a la crisis política, económica y social del neoliberalismo que explotó en el 2001, una de las peores de la historia argentina. La Cooperativa Unión Papelera Platense, de la que Mario fue socio fundador, es una de las casi 370 empresas recuperadas por sus trabajadores¹⁵ que sobreviven actualmente y la segunda en lograr la expropiación en la Provincia de Buenos Aires.

Unos meses antes que se declare la quiebra de la Papelera San Jorge, Mario se fue a su casa. Los dueños de la empresa en la que había trabajado 47 años le debían ocho meses de sueldo. "La cosa ya estaba finada. Lo llamé al dueño y le dije: yo me voy porque con esto no alcanzo a comer"¹⁶, contaba. Renunció y se fue dos meses a Australia a visitar a un hermano que vivía allá. Cuando volvió, la San Jorge había llamado a reunión de acreedores: la quiebra estaba en marcha. Los 27 trabajadores que quedaron, de los 60 que habían sido, se organizaban y tomaban la fábrica para no perder sus puestos de trabajo. Necesitaban poner a producir las máquinas, desguazadas durante el cierre. Entonces lo fueron a buscar. Con 70 años, Mario decidió volver para darle una mano a sus excompañeros. Nadie mejor que él para hacerse cargo de la reconstrucción de la fábrica: era el operario más experimentado. "Yo a esta fábrica la llamo el

¹⁵ Datos preliminares del Informe de Situación de las Empresas Recuperadas por sus Trabajadores a fines de 2017. Programa Facultad Abierta. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

¹⁶ Entrevista realizada a Mario De Blasis en el 2004 por el sociólogo José Itzigshon.

cementerio del elefante, porque el elefante que entra en el cementerio no sale más", contaba Mario¹⁷. Y así ocurrió: no se fue más.

En el año 1949, en Europa todavía siguen abiertas las heridas de la Segunda Guerra Mundial. Mario tiene 19 años y escapa de Italia, su tierra natal, que todavía está convulsionada por el horror de la guerra y por la nueva democracia tras la caída cuatro años antes de Benito Mussolini, El Duce, que había instaurado el fascismo entre los italianos. Junto a su hermano mayor, Mario cruza a Bélgica. Allí sufre el frío y empieza a trabajar en una mina de carbón en la región de Valonia, al sur del país. "Trabajaba de noche y dormía de día, no veía el sol nunca, estaba blanco como un papel"¹⁸, cuenta muchos años después, recién comenzado el siglo XXI, como una anécdota más de las tantas que tiene en su vida. Recuerda las caminatas interminables entre la nieve en el invierno, la ropa congelada por el hielo y cómo se le complicaba con el idioma cuando intentaba coquetear en un francés improvisado con las chicas belgas. Dice que nunca en su vida vio un país tan organizado como ese. Pero la residencia en Bélgica duró solo dos años. El trabajo insalubre con el carbón comenzó

¹⁷ Entrevista realizada a Mario De Blasis en el 2004 por el sociólogo José Itzigshon.

¹⁸ Ídem anterior.

a contaminar sus pulmones, que luego siguieron enfermado por el proceso de producción de papel y por el cigarrillo, que no dejó hasta sus últimos días.

Por esos años, en Italia se consideraba desertor a cualquier hombre que no hubiera cumplido con el servicio militar obligatorio, por lo que el Estado podía reclutarlos hasta los 45 años. A Mario lo salvó haber fijado residencia en Bélgica y por eso no tuvo mayores inconvenientes cuando decidió emigrar junto a su familia a la Argentina. Su hermano mayor, en cambio, no consiguió la residencia belga y se fue a trabajar a Australia con el auxilio de un pariente. Esa fue su carta de salida para no caer en las filas italianas. Los hermanos De Blasis se separaron. Estuvieron 20 años sin verse, cada uno en una punta del Hemisferio Sur.

Con los bolsillos llenos, gracias al trabajo en las minas, Mario arribó a la Argentina el 8 de enero de 1951 junto a su madre, un hermano y una hermana menores que él. La familia de Blasis se instaló en la zona de Magdalena, a donde había llegado su padre en 1948 después de ser prisionero de guerra en Italia. Como ocurrió con la mayoría de los inmigrantes, contaron con la ayuda de su comunidad. Los italianos acostumbraban a dar trabajo a sus coterráneos para que éstos demostraran una labor en Argentina y así poder evitar el servicio militar obligatorio en su país de origen.

Antes de la llegada de Mario, un ingeniero italiano le alquiló a su padre unas hectáreas de campo para sembrar tomates,

aprovechando una política del peronismo por la que el Instituto Argentino de Promoción e Intercambio (IAPI) pagaba al productor el equivalente a tres plantas por cada una cosechada¹⁹. Ese año fue tan bueno que al siguiente decidieron adquirir un crédito del Banco Provincia para poder agrandar su negocio. Pero no contaban con un factor clave de la zona: una inundación hizo que perdieran todo. Los De Blasis, incluidos sus hijos recién llegados de Europa, tuvieron que buscar trabajo para pagar las deudas.

El padre de Mario se afilió al partido justicialista y comenzó a trabajar en el ferrocarril. Mario pasó sus primeros meses en el país como peón de albañil en la construcción de la República de los Niños, la ciudad a escala de un niño de 10 años que el gobierno del General Perón había pensado para formar a los futuros ciudadanos argentinos. El 23 de diciembre de ese año, el presidente inauguraba esa mini República con todas las instituciones del sistema democrático en su interior: parlamento, casa de gobierno, palacio de justicia, iglesia, puerto, teatro, aeropuerto, restaurantes, hoteles.

“En ese momento había trabajo en todos lados, en todas partes”, recuerda Mario, tratando de repasar todos los empleos que

¹⁹ “[Uno de los objetivos del IAPI era] regular los mercados internos, interviniendo en ventas ante escasez o compras si había excedentes sin colocación o sobreproducción (arroz, 1952; tomate, 1950). Fijaba precios y establecía beneficios y socorría las situaciones de crisis de ciertos productos”. Extraído de BULLOR, L y ORTEGA, E: “Los primeros gobiernos peronistas: una revisión del Estado desde la experiencia del IAPI”

tuvo en los siguientes tres años hasta terminar en la papelera: quiso volver a Bélgica, trabajar en las minas de Río Turbio, después hizo los trámites para ir a vivir a Toronto, en Canadá. Pero desistió porque no estaba dispuesto a pasar más frío y porque la embajada italiana no lo quiso dejar salir por ser menor y no alcanzar un año de contrato en Argentina. "Y después me empecé a quedar, a quedar, a quedar, y no me fui más".

Mario vivió 84 años: los primeros 20 en Europa (entre Italia y Bélgica) y 64 en Argentina. Aunque pasó toda su vida adulta en este lado del Atlántico, su cocoliche más argentinizado que italiano delataba su origen. Estaba siempre lleno de grasa porque vivía entre las máquinas: era el único que conocía cada uno de sus recovecos y se quedaba hasta cualquier hora para ponerlas a producir cuando se rompían. No tiraba nada del taller y guardaba hasta el más ínfimo tornillo que encontraba "porque por ahí sirve para algo", decía. Nunca dejó de ejercer esa forma de economía radical que practican sólo los que vivieron la escasez y la miseria que produce la guerra.

La fábrica fue su vida y sobrevivió a todas las administraciones: cinco dueños y dos quiebras. Mario comenzó a trabajar en 1954 en la entonces Papelera Victoria, fundada el 24 de junio de 1950 por dos italianos que trajeron la primera máquina marca Cárcamo, que aún hoy sigue funcionando, y un español que residía en Argentina desde hacía varios años y se encargaba de la venta del papel. "Uno de los dueños de Papel Victoria viajó a Chieti, en Abruzos, que era su pueblo natal y trajo de la fábrica de papeles que está ahí a todos los papeleros. Les prometió el oro y el

moro, que les iba a hacer un chalet a cada uno. Pero cuando vinieron acá, los tenía durmiendo en la torre del tanque. Después les hizo la casita donde hoy está la carpintería y cuando la fábrica comenzó a dar ganancias en el año 52, les hicieron la valija y se fueron", contaba Mario, dueño de una memoria envidiable, sobre los inicios de la fábrica²⁰.

Hasta 1953, Papelera Victoria estaba integrada solamente por italianos que, en su mayoría, eran hermanos o familiares. "Después Perón dijo que en todas las fábricas de gente italiana había que poner un 25% de argentinos y ahí se entraron a mezclar: vinieron los hermanos Luna, que eran cuatro o cinco santiagueños, vinieron los Ibáñez, vinieron García, Garzón, toda la gente de aquella época. Y después ya en el 55, 56, éramos mitad y mitad", recuerda. Mario empezó a trabajar en el taller, donde estuvo tres meses. Después recorrió toda la fábrica: fue engrasador, bobinador, calderista, motorista y un largo etcétera. Estuvo 60 años en esos galpones sobre el Camino Centenario y por eso conocía a la perfección cada parte del circuito productivo.

Papelera Victoria fue una de las tantas empresas que nacieron y se beneficiaron por las políticas económicas del primer peronismo a favor de la industrialización del país. Pero en pleno gobierno de facto del General Pedro Eugenio Aramburu, la papelera quebró por primera vez. La falta de protección a la industria argentina y las políticas de desnacionalización del ministro de

²⁰ Entrevista realizada a Mario De Blasis en el 2004 por el sociólogo José Itzigshon

Economía Adalbert Krieger Vasena fueron decisivas para que llegara la debacle de la empresa en 1968. Aunque la salida a esa crisis fue distinta a la que ocurriría en 2001. Mario había dejado su trabajo meses antes, aunque no por mucho tiempo: “En ese momento salió adelante porque la empresa se puso en venta y apareció un tipo que puso la guita, se hizo cargo de la deuda y de la fábrica. Y la primer cosa que hizo fue traer una empresa de electricidad para poner en condiciones toda la parte eléctrica, la parte mecánica, la parte de cañería y volvió a llamar a toda la gente vieja de acá que se había ido. Ahí me llamaron otra vez y volví”, recuerda. Después del cambio de dueño, Papelera Victoria se convirtió en Papelera San Jorge, nombre que conservó hasta su quiebra definitiva en abril del 2001. Un tal Castello se hizo cargo de las deudas en ese entonces y trajo a profesionales capacitados para ponerla a punto. Pero el cambio en el rumbo económico del país a partir de la década del setenta, sumado a las malas decisiones tomadas por los nuevos dueños, llevaron a la empresa a su crisis final. El último golpe lo dio la gran modificación que sufrió la industria celulósica-papelera en Argentina a principios de la década de los '90. El principal elemento de este cambio fue el aumento de las importaciones en un contexto de atraso cambiario y bajos precios internacionales. Esto se sumó a las dificultades competitivas de los productores locales, que no supieron invertir en tecnología ni en un buen mantenimiento de la maquinaria, y al estancamiento del consumo durante más de una década²¹. Papelera San Jorge no fue la excepción y el momento final de esa crisis llegaría, paradójicamente, el Día del Trabajador Papelero del 2001.

Desde que empezó a trabajar en Papelera Victoria en 1954, a los

24 años, Mario armó su vida con la fábrica: un año después se casó con una italiana hija de una familia amiga de sus padres con la que habían crecido desde niños; crió a Enzo, su hijo; compró su casa en Gonnet, cerca de la fábrica, donde vivió hasta su muerte; estudió en el Albert Thomas de La Plata y se convirtió en mecánico industrial. La fábrica también le dejó marcas en el cuerpo: antes de casarse, un tubo de soldadura le explotó en la cara y tuvo que posponer la ceremonia. Y cuando tenía 58 años, una de las máquinas le cortó el dedo anular de la mano derecha. Mario guardó la pieza del sistema de embragues que le causó la amputación como un trofeo de guerra. Ni ese accidente logró que dejara de trabajar.

“A mi viejo lo respetaban todos, era el cerebro y el corazón de las máquinas”, cuenta Enzo, de 57 años, que trabaja en la Unión Papelera Platense desde 2006 y compartió los últimos años de su papá en la fábrica. “Era tanto lo que sabía y laboraba que su palabra y las decisiones que tomaba eran indiscutibles. Lo que decía se hacía, no por autoritarismo sino por capacidad y por el conocimiento que tenía sobre el funcionamiento de la fábrica”, dice su hijo, que se emociona constantemente al recordarlo. Enzo, de alguna manera, sigue el legado de su papá en la UPP y se parece a él en muchos aspectos: no se toma feriados ni domingos de descanso y se queda hasta cualquier hora si es

²¹ Bercovich, Néstor y Chidiak, Martina (1997). “Desarrollo y crisis de la producción de celulosa y papel en Argentina”, en Reestructuración comercial y apertura económica. La industria de celulosa y papel de Argentina, Brasil y Chile en los años '90, Bercovich, Néstor y Katz, Jorge (eds), Buenos Aires: CEPAL/IDRS - Alianza Editorial.

necesario dejar funcionando las máquinas. También tiene las manos lastimadas y cubiertas de aceite para motores. Y como ocurría con Mario, se puede conversar de casi cualquier cosa porque se mantiene siempre informado y sabe un poco de todo: de producción de papel en otros países, de cooperativismo, del funcionamiento de máquinas con las que nunca trabajó, de historia, de educación y de política.

“Mi viejo y la máquina eran como un solo cuerpo: imagínate que pasó con ella 60 años de su vida, más de 10 horas por día, sábados, domingos y feriados. Amaba tanto a esa máquina que en el último viaje a Italia que hizo, cuando ya tenía setenta y pico, fue a la fábrica donde la hicieron y se encontró con el ingeniero que había participado en el armado. El hombre tenía como 80 años y mi viejo casi la misma edad”, cuenta Enzo, que habla tranquilo y sonríe con los ojos húmedos cuando habla de su padre. Para Mario, esa experiencia fue como volver al viejo país a rearmar la historia familiar. Esa mole de miles de kilos se convirtió en un ser querido para él.

Mario fue uno de los tantos trabajadores de la Papelera San Jorge que se quedaron sin trabajo cuando casi alcanzaban o ya superaban la edad jubilatoria. En el 2001, año que se declaró la quiebra, la situación era caótica: la tasa de desempleo alcanzó su punto máximo, con una cifra del 21,5%.

La pobreza ascendió a más del 50% de la población argentina a principios del 2002²².

Cuando llegaron a la San Jorge y encontraron el portón cerrado, el fatídico 3 de abril de 2001, los trabajadores tuvieron que decidir: apostar por la toma y la autogestión o salir a buscar otro trabajo. En ese contexto, las dos opciones tenían el fracaso casi asegurado. Mario, que ya había cumplido 70 años, se había ido unos meses antes de la quiebra pero cuando comenzó a armarse la cooperativa, sus compañeros fueron a buscarlo para que pusiera en condiciones la máquina grande, con la que se hace papel marrón. “Empezamos a trabajar con eso y cuando estaba ya más o menos en condiciones para caminar, me iba de vuelta a mi casa y me dijeron ‘no, quedate un poco más’. Y ya pasaron tres años y pico”, dice Mario en la entrevista al profesor de sociología. Los tres años y pico se convertirían en casi diez años de trabajo cooperativo.

Octubre de 2005. Hugo Chávez cierra el Primer Encuentro Latinoamericano de Empresas Recuperadas por los Trabajadores realizado en Caracas. Ante más de 400 personas que representan a 263 empresas recuperadas, el mandatario asegura que estas experiencias son “el alma” de América Latina y la se-

²² Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC)

ñal de una nueva era en la que el capitalismo no fije las pautas económicas, sociales y culturales. A sus 75 años, Mario De Blasis mira y escucha desde unos metros de distancia al venezolano que en pocos días estará en la Cumbre de los Pueblos en Mar del Plata gritando "¡ALCA, ALCA, AL CARAJÓ CON EL ALCA!" en la cara del presidente estadounidense George W. Bush, en lo que significó el inicio de una década de unidad entre gobiernos latinoamericanos.

Mario viajó hasta Caracas con Mauricio Dellana, que por entonces era un socio nuevo de la papelera, invitados por la Federación de Cooperativas de Trabajo de la República Argentina. Mario y Mauricio fueron elegidos por sus compañeros para representar a la Unión Papelera Platense. En el encuentro contaron su experiencia de autogestión y se reunieron, durante dos días, con trabajadores de Bolivia, Argentina, Uruguay, Brasil y Venezuela con la idea crear una red de negocios. El boom de las recuperadas y el cooperativismo captaba el interés de la Revolución Bolivariana, que había puesto dos aviones para la comitiva argentina conformada por obreros y sindicalistas agrupados en distintas organizaciones como FECOOTRA y el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas, que habían surgido al calor de las luchas del 2001.

En poco tiempo, Mario se había convertido en un maestro para todos los trabajadores de la fábrica. No solo por su conocimiento sobre casi cualquier cosa, sino también porque empezó a hacer propio el sistema cooperativo. Y por eso no tenía ningún problema en compartir sus saberes con todo aquel que quisiera

aprender. Tenía muy en claro el valor de mantener una empresa autogestionada, aunque toda su vida había trabajado en relación de dependencia.

Mario tenía una forma muy particular de explicar las cosas: todo ameritaba una comparación con la vida cotidiana para dejar en claro su idea. Por ejemplo, cuando recordaba cómo comenzaron con las maquinas desguazadas, que arreglaron para volver a producir, decía: "Es como cuando usted tiene o compra un coche viejo que está parado, deshecho. Lo puede acondicionar con una semana o un mes y después se va a ir a Mar del Plata sin problemas. Tiene que tener confianza en que va a llegar. En vez de viajar a 80 kilómetros, viaja a 50, pero tiene que llegar".

Mario creía que gestionar una empresa recuperada era como administrar la propia casa, no tenía mayores inconvenientes, solo seguir la lógica y el sentido común. "Vos estás haciendo una casa, te está faltando la ventana, te está faltando la puerta, te están faltando los pisos. Y para más o menos terminar eso o ir avanzando precisás un año o dos. Pero de buenas a primeras viene un vecino, te viene a ofertar plata para comprar la puerta, la ventana, los pisos, los muebles. Y vos lo aceptás enseguida, sin hacer cuentas. Entonces ese tipo, en 3 años, se quedó con tu casa". Y sobre el cooperativismo, la explicación volvía al terreno de lo cotidiano: "Hay que pensar que hay que luchar todos por el mismo camino. Igual que en una cancha de fútbol. En la cancha de fútbol va el rico, el pobre, el inteligente, el ignorante, el mal vestido, el bien vestido, todos de distintas ideologías políticas. Pero todos hinchamos para el mismo cuadro".

Por el celular de Rosa, secretaria administrativa de la Cooperativa, se ve a Mario frente a una torta con velitas mientras le cantan el feliz cumpleaños. Mario ríe y se le ilumina la cara llena de arrugas. Los anteojos disimulan unas lágrimas que se le escapan. Enfrente suyo, una mesa llena de compañeros de muchísimos años, obreros todos, aplauden y se levantan a abrazarlo. Mario dejó de trabajar en mayo, aunque decidieron que la cooperativa le seguirá pagando el retorno como socio activo porque así lo será hasta que deje este mundo. Ese día festejó los 84. Fue su último cumpleaños.

Mario es el hombre del que todos hablan, aunque hace años que ya no está físicamente. Casi idolatrado por los que compartieron muchos años de trabajo con él y hoy siguen construyendo cooperativismo a través del devenir diario y desde las mismas contradicciones. Mario y su sapiencia, por transmitir conocimiento a sus pares sin guardarse nada. Todo un arte del trabajo autogestivo. La importancia de un otro que, desde su mínimo aporte, cimienta las bases donde se afirma la férrea convicción de los trabajadores. Ni un sólo paso atrás. El ruido ensordecedor de los engranajes es música. Las máquinas siguen funcionando bajo gestión obrera.

BIBLIOGRAFÍA

ENTREVISTAS

- Socios de la Cooperativa Unión Papelera Platense: Benítez, José; Caballero, Roberto; De Blasis, Enzo; Defant, Leonardo; Dellana, Mauricio; Godoy, Fernando; Gutiérrez, Fabián; Leal, Rosa; Montes, Claudia; Montes, Pedro; Palatinus, Antonio; Palli, Sebastián; Vera, Daniel.
- De Arrieta, Manuel María: abogado de la Cooperativa Unión Papelera Platense y de la Federación de Cooperativas de Trabajo de la República Argentina (FECOOTRA).
- De Blasis, Mario: entrevista realizada por el sociólogo José Itzigshon en el año 2004.
- Uzal, María Elsa: jueza interviniente en la causa por la quiebra de la Papelera San Jorge.
- Vázquez, Julián: proveedor de la Cooperativa.

MATERIAL AUDIOVISUAL

- Pablo Digliantoni, Alejandro Stabile y Facundo López (2004). *Obreros del vapor*. Corto documental producido por estudiantes de Cine de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.
- Naomi Klein y Avi Lewis (2004). *La Toma*. Documental. Estados Unidos.

LIBROS – TESIS – ARTÍCULOS

- SVAMPA, M. *Profunda ruptura de las lealtades*. Publicado en Le Monde Diplomatique, año VII, N° 91, enero de 2007.
- RUGGERI, A. *¿Qué son las empresas recuperadas?: autogestión de la clase trabajadora*. 1º ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Continente, 2014
- BULLOR, L y ORTEGA, E: *Los primeros gobiernos peronistas: una revisión del Estado desde la experiencia del IAPI*. XXII Jornadas de Historia Económica. Río Cuarto. 2010
- BERCOVICH, N y CHIDIAC, M. *Desarrollo y crisis de la producción de celulosa y papel en Argentina*, en Reestructuración comercial y apertura económica. La industria de celulosa y papel de Argentina, Brasil y Chile en los años '90, Bercovich, Néstor y Katz, Jorge (eds), Buenos Aires: CEPAL/IDRS - Alianza Editorial, 2007

DOCUMENTOS

- Ley 12712 de la Provincia de Buenos Aires que declara de utilidad pública y sujeto a expropiación los inmuebles de la Papelera San Jorge para ser donadas en propiedad a la Cooperativa de Trabajo Unión Papelera Platense.
- Principios y valores cooperativos. Ver en: <https://www.aciame-ricas.coop/Principios-y-Valores-Cooperativos-4456>
- *Informe de Situación de las Empresas Recuperadas por sus Trabajadores a fines de 2017*. Programa Facultad Abierta. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

ACTOS

- Presentación del informe *Las empresas recuperadas por los trabajadores en los comienzos del gobierno de Mauricio Macri*, realizado por el programa Facultad Abierta de la Universidad de Buenos Aires en el Hotel B.A.U.E.N. Mayo de 2016

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

- Eleisegui, P. "*¿Mafia en las subastas?: así opera "La Liga" para quedarse con viviendas en los remates y meter miedo a compradores*". Diario iProfesional. Recuperado de: <http://www.iprofesional.com/notas/149730-Mafia-en-las-subastas-asi-opera-La-Liga-para-que-darse-con-viviendas-en-los-remates-y-meter-miedo-a-compradores>
- "*Aprueban modificaciones a la Ley de Quiebras para beneficiar a las cooperativas*" (01/06/2011). Diario Ambito Financiero. Recuperado de: <http://www.ambito.com/585584-aprueban-modificaciones-a-ley-de-quiebras-para-beneficiar-a-las-cooperativas>
- Duhalde, Marcelo. "*El renunciamento de Evita, ayer y hoy*" (22/08/2003). Diario Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-24436-2003-08-22.html>
- "*Reabrió ayer sus puertas en La Plata la Papelera San Jorge*" (3 de septiembre de 2001). Diario La Nación. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/332362-reabrio-ayer-sus-puertas-en-la-plata-la-papelera-san-jorge>

CORAZÓN LIBRE

Te han sitiado corazón y esperan tu renuncia,
los únicos vencidos corazón, son los que no luchan.

No los dejes corazón que maten la alegría,
remienda con un sueño corazón, tus alas malheridas.

No te entregues corazón libre, no te entregues.
No te entregues corazón libre, no te entregues.

Y recuerda corazón, la infancia sin fronteras,
el tacto de la vida corazón, carne de primaveras.

Se equivocan corazón, con frágiles cadenas,
más viento que raíces, corazón, destrózalas y vuela.

No los oigas corazón, que sus voces no te aturdan,
serás cómplice y esclavo corazón, si es que los escuchas.

Adelante corazón, sin miedo a la derrota,
durar, no es estar vivo corazón, vivir es otra cosa.

Rafael Amor